

LA APORTACIÓN DE GUIPÚZCOA A LA CAUSA CARLISTA EN LA TERCERA GUERRA (1872-1876)

CARLOS MARÍA GARCÍA DE POLAVIEJA CÁRDENAS

Universidad CEU San Pablo

c.garciapolavieja@usp.ceu.es

RESUMEN: El fin de este trabajo es mostrar la importancia de la contribución guipuzcoana a la causa carlista, en la tercera de sus guerras (1872-1876). Dentro de los apoyos que el movimiento carlista logró recabar, Guipúzcoa destacó de forma significativa, poniendo todos sus esfuerzos en pro de la victoria legitimista. Así, Guipúzcoa se convirtió en el epicentro del movimiento carlista, proveyendo material y militarmente, durante los más de tres años que duró la guerra, a las demás provincias vasco-navarras. Todo esto pudo lograrse gracias a la exitosa campaña militar de las armas carlistas, al respaldo del pueblo guipuzcoano y a la extraordinaria labor desempeñada por la Diputación Foral carlista de Guipúzcoa.

Esta investigación se ha configurado a partir de los fondos documentales relativos a la figura de Don Miguel Dorronsoro, pertenecientes al Archivo Tirso de Olazábal y custodiados por la Fundación Popular de Estudios Vascos.

PALABRAS CLAVE: Guipúzcoa – sublevación – Guerra Carlista – armas – Diputación

THE CONTRIBUTION OF GUIPÚZCOA TO THE CARLIST CAUSE IN THE THIRD WAR (1872-1876)

ABSTRACT: The purpose of this work is to show the importance of the Guipuzcoan contribution to the Carlist cause in the third of its wars (1872-1876). Among the supports that the Carlist movement achieved, Guipúzcoa excelled in a significant form, by putting all its efforts in favour of the legitimist's victory. Hence, Guipúzcoa became the epicentre of the Carlist movement, providing with material and military resources, for the more than three years that the war lasted, to the other Basque-Navarre provinces. All this could be reached thanks to the successful military campaign of the Carlist's arms, the endorsement of the Guipuzcoan people and the extraordinary role played by the Guipúzcoa Provincial Carlist Council.

Carlos María García De Polavieja Cárdenas es graduado en Historia por la Universidad CEU San Pablo, donde comenzará sus estudios de Máster Universitario en Historia Contemporánea. Su área de interés es el estudio del carlismo.

This research has been configured from the documental collection concerning to the figure of Miguel Dorronsoro, belonging to the Tirso of Olazábal Archive under the custody of the Popular Foundation of Basque Studies.

KEY WORDS: Guipúzcoa – uprising – Carlist War – weapons – Council

INTRODUCCIÓN

CÓMO SE LLEGÓ A LA GUERRA.

TRAZOS GENERALES DESDE EL DESTRONAMIENTO DE ISABEL II

Las salvas de la escuadra sublevada que resonaron en la bahía de Cádiz 18 de septiembre de 1868 fueron una señal premonitoria del destronamiento de Isabel II. Pocos días después, los principales promotores de ésta, Prim, Topete y Serrano, firmarían un manifiesto haciendo un llamamiento a la revolución a toda la nación. La derrota de los partidarios de la reina en Alcolea el 28 de septiembre abrió la puerta de Madrid a los sublevados y la soberana se vio obligada a cruzar la frontera y refugiarse en Francia. De este modo, tras treinta y cinco años de reinado, el régimen de la monarquía isabelina había desaparecido, víctima de las innumerables intrigas palaciegas, las ambiciones militares y las nefastas políticas. La Junta revolucionaria dio paso a un gobierno provisional encabezado por Serrano, que tendría a Prim como ministro de la Guerra y a Topete en Marina. El 11 de febrero de 1869 las Cortes Constituyentes promulgaron una nueva constitución que provocó enconadas disputas. Meses después, una vez instaurada la regencia en la persona del general Serrano, se inició el proyecto de buscar un nuevo monarca que pusiera fin a la confusión y el caos que reinaba en todas las esferas de vida política española. Finalmente, el 16 de noviembre de 1870 Amadeo de Saboya fue proclamado rey de España con el respaldo de la Asamblea Nacional, un reinado sumamente débil que conduciría a la República en 1873¹.

Por su parte, la grave crisis dinástica que había mantenido en un *impasse* al movimiento carlista fue finalmente solventada gracias a la intervención de María Teresa de Braganza, Princesa de Beira. En su “Carta a los Españoles”, excluía de los derechos dinásticos a don Juan de Borbón, hijo de Carlos María Isidro, por sus ideas liberales y su simpatía hacia la monarquía usurpadora. En su lugar proponía como sucesor indiscutible de la Monarquía tradicional a su sobrino nieto Carlos Borbón y Austria-Este, que sería conocido por los carlistas como Carlos VII. Así es como el Duque de Madrid, título que tomaría para sí don Carlos, se hizo con la jefatura del movimiento dinástico con tan solo veinte años. Su programa político suponía una alternativa social y política que

1 Jaime DEL BURGO, “Antecedentes de la Tercera Guerra Carlista”, *Navarra, Temas de Cultura Popular*, 188 (1974), p. 6-8.

pretendía atraer hacia su bandera a las clases conservadoras del país, que veían con suma preocupación el modelo liberal radical que se estaba implantando en España. Durante el Sexenio Democrático se sucedieron una serie de acontecimientos que llevaron al país a una convulsión social inexorable, que estallaría en un nuevo conflicto armado, la Tercera Guerra Carlista de 1872-1876².

SITUACIÓN DEL CARLISMO EN GUIPÚZCOA

¿Cuál era el estado del partido carlista en Guipúzcoa y cuáles fueron las diversas motivaciones que impulsaron a miles de guipuzcoanos a tomar las armas en defensa de los principios abanderados por don Carlos de Borbón?

LA CUESTIÓN POLÍTICA

Con la revolución septembrina se recrudecieron las disputas políticas en Guipúzcoa al igual que en el resto de España, dividida en diversas facciones (progresistas, foralistas, carlistas...) principalmente por motivos políticos y religiosos, a los que vinieron a sumarse otra serie de rencillas personales³. Si bien los dirigentes carlistas vascos habían comenzado a organizarse, el profesor Vicente Garmendia sostiene que esta revitalización se produjo en los años inmediatos a la guerra, pues con anterioridad, estos habían demostrado cierto acomodo con la coyuntura político-social del régimen liberal. No fue hasta la oportunidad surgida tras la Revolución del 68 cuando el carlismo recuperó parte del respaldo social que había tenido en épocas pasadas.

Con todo, en algunas regiones de España el movimiento legitimista aún no contaba con una estructura suficientemente consolidada como para poder afrontar las diversas disyuntivas que iban apareciendo. Entre estas regiones se encontraba Guipúzcoa.

En esa tesitura, no es extraña la preocupación que algunos jefes tradicionalistas sentían ante la ausencia de publicaciones netamente carlistas en las provincias vascongadas, así como por la inexistencia de juntas carlistas, a excepción de Álava, mientras que en el resto del territorio español sumaban la cifra nada desdeñable de cuarenta. Sin embargo, poco tiempo después y gracias a una intensa campaña propagandística, alimentada con la difusión de folletos, se logró ir movilizándolo al carlismo vasco e ir ganando nuevas voluntades⁴. En

2 Josep Carles CLEMENTE, *Cuestiones carlistas y otras reflexiones históricas*, Madrid: Editorial Fundamentos, 2000, p. 107-108.

3 José María MUTILOA POZA, *Guipúzcoa en el s. XIX, Guerras, Desamortización y Fueros*, San Sebastián: Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa, 1982, p. 560.

4 Vicente GARMENDIA, *Jaungoicoa Eta Foruac, el carlismo vasconavarro frente a la democracia española (1868-1872)*, Bilbao: Universidad del País Vasco, 1999, p. 18-19.

1870, secundando las ideas políticas defendidas en estas publicaciones, nació también en Zumárraga el periódico carlista *La Boina Blanca*⁵.

En los folletos escritos por los carlistas vasco-navarros, se defiende con especial énfasis la foralidad de sus provincias, manteniendo en un segundo plano de importancia otras cuestiones como el problema dinástico.

En esta batalla propagandística pronto va a sobresalir el nombre de Miguel Dorronsoro. Carlista de cuna, Miguel Dorronsoro y Ceberio nació en Ataun (Guipúzcoa) el 17 de febrero de 1812. Tras haber estudiado abogacía en la universidad de Oñate, contrajo matrimonio con Dña. Nicolasa Zuazola y Alzolaraz, hermana de don Rafael de Zuazola, lugarteniente de Zumalacárregui en la primera guerra. En 1853 fue elegido diputado foral de Guipúzcoa, cargo que ostentó sucesivamente hasta 1868. El 2 de Julio de 1868, con el respaldo de las Juntas Generales de Zumaya, Dorronsoro adquirió la condición de Diputado General de la provincia. Algo realmente insólito, pues los carlistas no habían logrado este cargo desde hacía treinta años, lo que le hizo afirmar: “los que por los ilustrados son llamados oscurantistas, léase carlistas, obtienen la diputación”⁶.

Dorronsoro alertó del peligro que significaba el liberalismo para Guipúzcoa, idea que desarrollará magistralmente en uno de sus ensayos más célebres, *Lo que fueron los Reyes de España y lo que ha sido el liberalismo para con los Fueros de Guipúzcoa*, que fue publicado en Azpeitia en 1870, tan solo tres meses antes de producirse el alzamiento. En éste, no vacilará a la hora de afirmar que los fueros no fueron privilegios otorgados por la Corona de Castilla sino derechos primigenios, cuyo respeto fue condición indispensable de la unión. Así pues, advertía que, de no cumplirse dicha garantía, los vascos se verían obligados a recuperar su primitiva independencia⁷.

En cuanto a la cuestión dinástica, es evidente que los guipuzcoanos también encontraban en Carlos VII al garante de sus libertades, usos y costumbres, frente a la amenaza que veían en el liberalismo. Esto se aprecia ya desde la famosa carta escrita por el Duque de Madrid a su hermano don Alfonso, aunque dirigida a todos los españoles, cuando sostiene:

“Ama el pueblo español la descentralización y siempre la amó, y bien sabes, hermano mío que, si cumpliera mi deseo, así como el espíritu revolucionario pretende igualar a

5 José NAVARRO CABANES, *Apuntes Bibliográficos de la Prensa Carlista*, Valencia: Sanchis, Torres y Sanchis, 1913, p. 78.

6 Vicente GARMENDIA, “Miguel Dorronsoro y Ceberio. Un estadista guipuzcoano hace un siglo”, *Revista de cultura e investigación vasca*, 4 (1994), p. 52.

7 Miguel DORRONSORO, *Lo que fueron los Reyes de España y lo que ha sido el liberalismo para con los Fueros de Guipúzcoa*, Azpeitia: Imprenta de Pablo Martínez, 1870, p. 1.

las provincias vascas a las restantes de España, estas semejarían o se igualarían en su régimen interior con aquellas afortunadas provincias”⁸.

Esta salvaguarda de los fueros quedó consolidada y fortalecida en las postrimerías de la guerra, pues el 7 de julio de 1875 el pretendiente carlista juró los fueros de Guipúzcoa en Villafranca, como había hecho tan solo unos días antes con los de Vizcaya junto al árbol de Guernica⁹.

En referencia a la participación en la vía electoral, es llamativo que en los comicios a Cortes constituyentes celebrados del 15 al 18 de enero de 1869 – tan solo unos meses después de la Revolución de Septiembre y primeros de la historia de España con sufragio universal masculino¹⁰–, la Comunión Católica-Monárquica obtuvo las cuatro actas correspondientes a esta provincia¹¹. En los comicios de los años siguientes, los éxitos electorales continuaron, como atestiguaba la misma Diputación de Guipúzcoa en 1872: “El sufragio universal daría aquí por resultado que la casi totalidad de los Ayuntamientos fuesen forzosamente carlistas y también carlista la Diputación foral”¹². Este dato nos muestra hasta qué punto llegaba el respaldo a la causa carlista por parte de los guipuzcoanos, representados en las Cortes por eminentes figuras políticas del carlismo como Aparisi y Guijarro¹³. Era pues, en circunscripciones como Guipúzcoa donde el partido carlista presentaba a sus políticos más notables, pues tenían más garantías de salir elegidos. En resumidas cuentas, podemos afirmar que en aquellas fechas poco podían hacer los liberales en esta provincia, al menos en lo que concierne al resultado de las urnas.

LA CUESTIÓN RELIGIOSA

Por lo que a la cuestión religiosa se refiere, las leyes secularizadoras decretadas por el Gobierno Provisional surgido tras la “Gloriosa”, como la supresión de la Compañía de Jesús o la extinción de todos los monasterios, conventos, co-

8 Román OYARZUN, *Historia del Carlismo*, Madrid: Alianza Editorial, 1969, p. 283.

9 Víctor Javier IBÁÑEZ MANCIBO, *Una Resistencia Olvidada, tradicionalistas mártires del terrorismo*, Madrid: Auzolan, 2017, p. 90.

10 Vicente Juan GINER LILLO, “Los discursos políticos en las elecciones a cortes constituyentes” en D. GONZÁLEZ MADRID (ed.), *La Historia, lost in translation? Actas del XIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Albacete: Universidad de Castilla la Mancha, 2016, p. 1024.

11 Pedro José CHACÓN DELGADO, *Nobleza con Libertad, Biografía de la derecha vasca*, Bilbao: Atxular Atea, 2015, p. 242.

12 Mikel URQUIJO GOITIA, *Liberales y Carlistas. Revolución y fueros vascos en el preludeo de la última guerra carlista*, Bilbao: Universidad del País Vasco, 1994, p. 70.

13 Vizconde de la ESPERANZA, *La Bandera Carlista en 1871. Historia del Desarrollo y Organización del Partido Carlista desde la Revolución de Septiembre*, Madrid: El Pensamiento Español, 1871, p. 16.

legios, congregaciones y demás casas de religiosos de ambos sexos fundados desde 1837, se encuentran entre las causas que explican el auge del carlismo¹⁴. Los ataques y atropellos contra la Iglesia, que también se hacen sentir en el País Vaco, son constantes. Especial atención merece la gran consternación ocasionada con motivo de los arreglos parroquiales de culto y clero.

El 9 de julio de 1869, las Juntas de Fuenterrabía, que contaban con mayoría liberal, aprobaron una reforma parroquial que entre otras cosas preveía la supresión del diezmo, abolido en el resto de España desde la primera guerra civil, y una reducción notable del número de sacerdotes. El republicano Cosme Echevarrieta llegó incluso a proponer la supresión del Obispado de Vitoria y el cierre de todos los conventos de Guipúzcoa.

La respuesta del obispo de Vitoria y del clero guipuzcoano no se hizo esperar, al igual que la de muchos de los municipios carlistas, que expresaron su indignación a través de su prensa y diputados en Cortes. A esto se añaden la detención y fuertes sanciones económicas a varios concejales de estos ayuntamientos guipuzcoanos por negarse a aplicar dichas normativas¹⁵.

En este sentido, el 12 de enero de 1870 Miguel Dorronsoro publicaba su primera obra con el título *Breves palabras sobre las afirmaciones que la diputación foral ha estampado en el recurso elevado al Gobierno, solicitando la aprobación del acuerdo de las Juntas de Fuenterrabía y la de sus actos en el arreglo de Culto y Clero*, en la que denunciaba el atropello que suponía la intromisión de la autoridad civil en cuestiones eclesiásticas. En su primera parte y en un tono algo apocalíptico, realiza una descripción de los múltiples atentados que venía sufriendo la Iglesia:

“Al grito de *viva la libertad* fueron demolidos templos católicos al paso que se levantaban capillas protestantes, y no pocos dignísimos sacerdotes de nuestra religión, verdaderos parias de la España oficial, viéronse envueltos en procedimientos criminales, por el delito de lesa-libertad de haber predicado la doctrina católica; al grito de *viva la libertad*, fue inundada la nación de libros pestilenciales; en una palabra, al grito de *viva la libertad*, fueron perseguidos el bien y la verdad y protegidos el mal y el error”¹⁶.

A la hora de abordar el papel que ejerció la cuestión religiosa en el estallido de la guerra, no debemos pasar por alto un tema tan crucial como el de la Unidad Católica de España. Con motivo de la aprobación de la libertad religiosa con-

14 Luis GRIÑÓ ODENA, *La Secularización del Matrimonio en España*, Barcelona: Universidad de Barcelona, 2015, p. 28.

15 Vicente GARMENDIA, *Jaungoicoa Eta Foruac...*, *op. cit.*, p. 18-19.

16 Vicente GARMENDIA, “Miguel Dorronsoro y Ceberio...”, *op. cit.*, p. 41-104.

tenida en la constitución de 1869, los carlistas emprendieron una campaña de recogida de firmas con el objeto de preservar esta unidad. De los tres millones de firmas cosechadas, fue en el País Vasco y Navarra donde se obtuvieron las cifras más altas.

Uno de los políticos tradicionalistas que mayor vehemencia demostró en la defensa de la Unidad Católica fue el canónigo y diputado por Guipúzcoa Vicente Manterola. Aunque ya era conocido en el País Vasco, su fama se duplicó por sus encendidos debates en el Congreso¹⁷. Entre sus intervenciones destaca el discurso réplica que pronunció en la sesión del 12 de abril, del que reproducimos su colofón, no solo por su extensión, sino por la claridad y elocuencia que demostró en su exposición argumental.

“Señores Diputados, yo creo que si España, que si nuestra desventurada patria tiene la desgracia inmensa de dejarse fascinar por el brillo de unos bienes temporales que no vendrán: que si tiene la desgracia de lanzarse en los descarnados brazos del libre-cultismo, [...], ese día, ¡Dios no lo permita!, caerá esta pobre Nación abrazada a su osario, el Ángel exterminador habrá congregado sus frías cenizas, las habrá amontonado en la tumba inmunda del olvido, y sobre la tierra de aquel sepulcro desconocido escribirá con caracteres de fuego: *aquí yace un pueblo apostata que renegó de sus bienes eternos por alcanzar los temporales y se quedó sin estos después de haber perdido aquellos*”¹⁸.

Esta determinación del carlismo en conservar la integridad de la fe católica podría quedar perfectamente sintetizada en las palabras expresadas por el mismo don Carlos en la carta a la que nos hemos referido en el apartado anterior y que llegó a traducirse al vascuence: “España está resuelta a conservar a todo trance la unidad católica, símbolo de nuestras glorias patrias, espíritu de nuestras leyes, bendito lazo de unión entre todos los españoles”¹⁹.

Se comprende pues que Manterola observara en don Carlos la única solución capaz de salvar a España del estado caótico al que había sido abocada por la revolución, colaborando en pro de la causa con la publicación de varios fo-

17 Vicente GARMENDIA, *Vicente Manterola, canónigo, diputado y conspirador carlista*, Vitoria: Caja de Ahorros Municipal de la Ciudad de Vitoria, 1992, p. 48-72.

18 *Diario de Sesiones de las Cortes Constituyentes*. 11 de febrero de 1869, Tomo II, Madrid: J. A. García, 1870, p. 986.

19 Román OYARZUN, *Historia del Carlismo...*, *op. cit.*, p. 283.

lletos entre cuyos títulos destacan: *Don Carlos o el Petróleo*, *El Espíritu Carlista* y *Don Carlos es la Civilización*²⁰.

Hay que tener presente que este ambiente de crispación se venía haciendo sentir en la provincia desde principio de siglo, hecho que se constata –entre otras causas– al retrotraernos a la implantación de la Ley de Desamortización General Eclesiástica y Civil de 1 de mayo de 1855, también conocida como la Desamortización de Madoz. En ella se establecía entre otras medidas, la expropiación de todos los bienes inmuebles rústicos y urbanos, de propiedad civil y eclesiástica, órdenes militares y a otra serie de organizaciones dedicadas a la beneficencia²¹.

Pronto se hará palpable la confrontación entre las provincias forales y el gobierno de Madrid. Pueblo y clero acudirán conjuntamente y en reiteradas ocasiones a las diputaciones respectivas haciéndolas participes de sus alarmas ante las disposiciones decretadas de los gobernadores, aun exponiéndose a sufrir multas y encarcelamientos. Las propias diputaciones, a las que no les incumbía la aplicación de estas leyes, harán causa común con el pueblo en favor del clero.

Con la llegada de Narváez al poder en 1856 se produce cierta relajación en las disensiones entre la Iglesia y el Estado, aunque las enajenaciones se siguen efectuando hasta el 6 de octubre del mismo año. No obstante, la actividad expropiadora se intensificará en Guipúzcoa durante el gobierno de O'Donnell. Multitud de caseríos y terrenos comunales de los pueblos son vendidos en pública subasta, quedando en manos de un reducido número de particulares²². La situación no mejorará hasta 1870.

El pueblo guipuzcoano, profundamente arraigado a sus tradiciones y creencias, era reacio a las novedades políticas que propugnaba el liberalismo. La democracia revolucionaria trajo consigo una continua sucesión de desmanes, el desorden público y el desprestigio de la autoridad, cuya presión desató una progresiva radicalización social que llevó a miles de guipuzcoanos a reconocerse en el carlismo y a tomar parte activa en el conflicto bélico. Como sostiene el historiador Benito Bermejo, muchos de ellos “volvieron los ojos al carlismo y se acogieron a él como el náufrago a la débil tabla que se pone al alcance de su mano”²³.

²⁰ *Año 1872. Almanaque Carlista redactado por los distinguidos escritores monárquicos*, Madrid: Antonio Pérez Dubrull, 1872.

²¹ Ignacio PÉREZ-SOBA DÍEZ DEL CORRAL, *Actas de las XVIII Jornadas sobre la Historia de Tauste*, Zaragoza: Asociación Cultural “El Patiaz”, 2018, p. 22.

²² José María MUTILOA POZA, *Guipúzcoa en el s. XIX...*, *op. cit.*, p. 477-565.

²³ Francisco RODRÍGUEZ DE CORO, *Guipúzcoa en la Democracia Revolucionaria*, San Sebastián: Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa, 1980, p. 48.

APORTACIÓN MILITAR, DE LO QUE GUIPÚZCOA DIO AL EJÉRCITO CARLISTA DURANTE LA GUERRA

El desarrollo de la guerra en suelo guipuzcoano podría fijarse en cuatro fases distintas, correspondiendo la primera a los conatos iniciales de sublevación y las cuatro siguientes, de modo ya organizado, a cada uno de los cuatro mandos de la provincia encomendados a los generales carlistas, que son en orden de sucesión cronológica: Antonio Lizárraga (diciembre 1872 - febrero 1874), Hermenegildo Díaz de Ceballos (febrero - noviembre, 1874), Domingo Egaña (noviembre 1874 - septiembre 1875) y Eusebio Rodríguez Román (septiembre 1875 - febrero 1876).

LOS PRIMEROS CONATOS DE SUBLEVACIÓN CARLISTA EN GUIPÚZCOA

La primera sublevación carlista tuvo lugar en 1869, aunque apenas tuvo alcance pues los focos de insurrección surgidos en Guipúzcoa, como en otros lugares de España, fueron rápidamente sofocados por el ejército gubernamental.

LA ESCODADA

Es en el verano de 1870 cuando la agitación carlista se intensifica en el norte con nuevas tentativas de sublevación²⁴, aumentando la preocupación de las autoridades oficiales, como demuestran los diversos bandos dictados por Allende Salazar, jefe militar de las provincias Vascongadas²⁵. El primer levantamiento estalló en el mismo corazón de Guipúzcoa, concretamente en la villa de Azpeitia, una población con fuerte presencia carlista, como evidenciaban los cuatro círculos tradicionalistas con que contaba²⁶. El responsable directo del mismo fue el clérigo Agustín Jáuregui, muy estimado por los habitantes de la villa, quien, exhortándoles a defender la religión y la fe perdida, logró comprometer a una gran muchedumbre de hombres, mujeres y niños. Finalmente, los

²⁴ Se conoce como "Escodada" al levantamiento carlista que se produjo en el norte de España durante el verano de 1870, principalmente en las provincias Vascongadas, Navarra y la Rioja. Esta malograda insurrección debe su nombre al coronel de carabineros José Escoda y Canela, quien firmó un convenio con los carlistas para lograr un levantamiento general en Navarra, con el oculto propósito de desarticular el movimiento carlista y capturar al pretendiente. Aunque el general carlista Eustaquio Díaz de Rada no cayó en la trampa que se le tendía, algunas partidas tuvieron que enfrentarse a las tropas gubernamentales en Vascongadas y la Rioja. Este suceso no hizo sino agravar los recelos que los dirigentes carlistas tenían hacia el dudoso compromiso que las guarniciones militares tenían con la causa.

²⁵ Vicente GARMENDIA, *La Segunda Guerra Carlista (1872-1876)*, Madrid: España Editores, 1976, p. 9.

²⁶ Francisco RODRÍGUEZ DE CORO, *Guipúzcoa en la Democracia...*, *op. cit.*, p. 139.

principales líderes insurgentes, con Jáuregui a la cabeza, fueron sometidos a un consejo de guerra y condenados a prisión²⁷.

JUNTA FORAL CARLISTA VASCO-NAVARRA

Visto el lamentable resultado de la Escodada acaecida en los meses de agosto y septiembre de 1870, el partido carlista resolvió crear una Junta Foral Vasconavarra, con la misión de armar a las provincias y proveerlas de los efectos de guerra necesarios para afrontar un futuro levantamiento²⁸.

A continuación, reproducimos la relación de los alijos de fusiles, –generalmente de las marcas Berdan, Remington o Minnie– que habían sido distribuidos convenientemente entre las poblaciones guipuzcoanas y que hemos podido encontrar en el Archivo Tirso de Olazábal²⁹:

Pueblos de Guipúzcoa a los que se les entregó armas antes de la Escodada (1870).	Número de fusiles de pistón que fueron entregados junto con su munición correspondiente.
Mutiloa	100
Cegama	100
Beasain	50
Legorreta	50
Ataun	50
Villafranca y Ataun	88 Berdan con sus municiones
Lazcano	36 giratorios

Pueblos de Guipúzcoa a los que se les entregó armas desde la Escodada hasta el 21 de abril de 1872.	Número de fusiles de cerrojo giratorio con sus municiones correspondientes.
Zaldivia	100
Beasain	50
Lazcano	50
Ataun	50
Astigarreta	50

²⁷ Francisco RODRÍGUEZ DE CORO, *Revolución liberal y Segunda Guerra Carlista (1868-18769)*, San Sebastián: Graficas ESET, 1986, p. 192-195.

²⁸ Archivo Tirso Olazábal (ATO), Cartas Manuscritas (CM), sig. 476.

²⁹ ATO, CM, sig. 496, Nota del armamento que se entregó a los pueblos antes de la Escodada.

Mutiloa	110
(ilegible)	100

Sin desmentir la opinión que mantenía la Junta de que “los elementos de guerra del país vasco-navarro se han repuesto considerablemente aumentando y mejorando sobremanera la calidad de las armas”³⁰, y aun suponiendo que esta documentación no recoja el cómputo exacto de armamento que logró introducirse en Guipúzcoa para aquellas fechas, 984 fusiles no parecen cantidad suficiente como para poner en pie de guerra a toda una provincia. Téngase en cuenta que un batallón estaba compuesto por cerca de 1.000 efectivos y que a lo largo de la guerra Guipúzcoa llegó a formar nueve, como tendremos oportunidad de mostrar más adelante.

Como detalle curioso consignaremos que la Junta no solo contaba con aliados en el extranjero en países como Francia, Bélgica, Inglaterra o Italia³¹, sino que también había entablado contactos con los republicanos españoles, cuyo representante en Fuenterrabía había acudido en abril a San Juan de Luz para entrevistarse con Vicente Manterola, solicitando le fueran entregados medio centenar de artefactos para dar un golpe con los subordinados que estos tenían entre el cuerpo de carabineros y el personal ferroviario de Irún³². No tenemos constancia de que la Junta llegara a entregar estas armas, pero sí sabemos que finalmente los republicanos, como las guarniciones militares, no secundaron la sublevación carlista en Guipúzcoa, como tampoco lo harían en el resto de España³³.

OROQUIETA (MAYO DE 1872)

Tras estas primeras intentonas, huelga decir que no fue hasta el 14 abril de 1872 cuando el pretendiente carlista cursó un documento al general de la Frontera Eustaquio Díaz de Rada, indicándole que el 21 de abril era la fecha en que debía efectuarse el nuevo alzamiento³⁴. Así, Rada penetró en España llegando a una borda³⁵ conocida como Hortoborieta, situada a unos tres kilómetros de Vera, donde se le unieron 42 guipuzcoanos que iban en busca de Miguel Dorronsoro. Jaime del Burgo nos dice que estos guipuzcoanos “llevaban cada

30 ATO, CM, sig. 477. Carta de un miembro de la Junta Vaco-navarra a Miguel Dorronsoro, año 1871.

31 ATO, CM, sig. 490. Carta del Mariscal de Campo Presidente Juan de Dios Polo a Miguel Dorronsoro, fechada en Bayona el 20 de julio de 1872.

32 ATO, CM, sig. 438. Carta de Ramón (V. Manterola) a Rivas, fechada en Ascain el 24 de abril de 1872.

33 Jaime DEL BURGO, “Antecedentes...”, *op. cit.*, p. 25.

34 Román OYARZUN, *Historia del Carlismo...*, *op. cit.*, p. 317.

35 Borda: edificación empleada generalmente para guardar el ganado o almacenar productos.

uno además del suyo, cinco fusiles con destino a las fuerzas que les asignasen”, hecho que ralentizaba la libertad de movimiento de la columna. El día 23 se habían apoderado sin apenas pérdidas del puente de San Miguel y de la casa cuartel de San Antón, que se asienta en el camino que va de Vera a Oyarzun³⁶.

Rada no logró suscitar demasiado entusiasmo entre los partidarios de don Carlos, ni entre los principales cabecillas encargados de secundar el levantamiento. La ausencia de armamento y la falta de preparativos se encuentran entre las causas de esta pusilanimidad³⁷. Pese a todo, en Guipúzcoa lograron movilizar ochocientos hombres en Araun por Redondo, cuatrocientos por Ayastui en Ordizia y quinientos en el monte Izarraitz por Amibilia. Ante esta carencia de efectivos y la falta de coordinación, el general Rada envió una misiva a don Carlos haciéndole conocedor de la delicada situación y rogándole que no cruzara la frontera. La noticia no llegó a tiempo y don Carlos entró en España, poniéndose al frente de un contingente de mil quinientos navarros que le esperaban en Vera (Navarra)³⁸. Derrotado en Oroquieta el 4 de mayo, don Carlos se vio obligado a volver a exiliarse en Francia. Días después los carlistas vizcaínos firmaban el Convenio de Amorebieta³⁹.

El desastre de Oroquieta supuso un duro golpe para la sublevación carlista, pues las pérdidas humanas y materiales fueron cuantiosas. Varios cabecillas como el aguerrido guipuzcoano Ayastuy perecieron en combate y unos setecientos hombres fueron hechos prisioneros y enviados a Cuba⁴⁰. Aun así, las hostilidades continuaron durante algún tiempo. En Guipúzcoa el mismo cuatro de mayo, el batallón de José María Recondo, cuyo capellán era el cura Santa Cruz, junto con varias compañías del finado Ayastuy, fueron sorprendidos por el batallón de Segorbe teniendo que retirarse de Segura de la que se apoderaron los liberales. Posteriormente, marcharon a Leiza (Navarra), en cuyas inmediaciones se celebró el día diez un Consejo de Estado Mayor en el que los jefes aconsejaron a sus soldados acogerse a indulto. Días después, muchos voluntarios carlistas se entregarían en Irún internándose sus jefes en Francia⁴¹.

Nos interesa hacer constar que todavía a mediados de mayo, los carlistas fueron capaces de infligir un duro golpe a las tropas amadeístas destrozando el batallón de Cazadores de Mendigorria en las inmediaciones de Oñate⁴².

36 Jaime DEL BURGO, “Antecedentes...”, *op. cit.*, p. 20.

37 OYARZUN, Román, *op. cit.*, p. 317-318.

38 Josep Carles CLEMENTE, *Los carlistas*, Madrid: Istmo, 1990, p. 80.

39 J. BOTELLA CARBONELL, *La Guerra Civil en España*, Tomo I, Barcelona: Juan Olivares, 1876, p. 28.

40 José ANDRÉS GALLEGO, *Historia General de España y América, Revolución y Restauración (1868-1931)*, Tomo XVI-2, Madrid: RIALP, 1981.

41 Juan de OLAZÁBAL Y RAMERY, *El Cura Santa Cruz Guerrillero*, San Sebastián: Hordago, 1979, p. 24-25.

42 F.P. OLLER, *Álbum de Personajes Carlistas con sus biografías*, Tomo III, Barcelona: La Propaganda Catalana, 1890, p. 153-154.

Este sería el último combate que libraron los carlistas guipuzcoanos, pues era tal la pacificación que existía en la provincia al llegar el verano, que el alto mando militar de Madrid disolvió el ejército del Norte⁴³.

Don Carlos dictaminó disolver la Junta Militar Vasco-navarra, que tantos servicios había prestado a la causa, poniendo así fin a las disputas existentes entre sus miembros y su secretario personal Emilio Arjona, al que estos culpaban del fracaso de Oroquieta.

El prolegómeno de la Tercera Guerra Carlista constó de tres intentos infructuosos de sublevación, el de 1869, la Escodada de 1871 y finalmente el desastre de Oroquieta en 1872. Este fracaso inicial de las armas carlistas se debió entre otras causas a la desigualdad de fuerzas entre ambas partes, como se haría evidente a lo largo de todo el conflicto. Mientras que los liberales tenían en sus manos la estructura del Estado, que incluía el ejército, las vías de comunicación y las fuentes de la riqueza nacional, los carlistas tan solo contaban con sus propios recursos⁴⁴ que, como hemos visto, eran escasos.

FASE DE LA GUERRA, ANTONIO LIZÁRRAGA (DICIEMBRE 1872 - FEBRERO 1874)

Decidido don Carlos a no demorar por más tiempo el alzamiento, nombró en octubre de 1872 a Antonio Dorregaray, comandante general de Navarra y Vascongadas, quien a su vez designó al brigadier Antonio Lizárraga como comandante general de Guipúzcoa⁴⁵. Navarro de cuna, Lizárraga había nacido en Pamplona el 13 de febrero de 1817. En la Guerra de los Siete Años sirvió del lado carlista como voluntario en el Segundo Batallón de Navarra y en el de Guías, donde pudo demostrar su valía siendo herido en varias ocasiones. Tras la guerra se acogió al Convenio de Vergara, ingresando en el ejército isabelino. En él desempeñó sucesivos cometidos hasta alcanzar el rango de Teniente Coronel. En 1870 se retiró del ejército, comenzó a conspirar contra el gobierno para terminar abrazando sus antiguas banderas⁴⁶ y se refugió en Francia.

Dorregaray acordó retomar las hostilidades en diciembre, pero algunos dirigentes carlistas aconsejaban postergar la sublevación hasta enero a falta recursos y temiendo que pudiera repetirse lo de Oroquieta. En Guipúzcoa, sin embargo, el cura Santa Cruz, párroco de Hernialde, no respetó lo acordado y se echó al monte en los primeros días de diciembre, al tiempo que alentó a

43 José ANDRÉS GALLEGO, *Historia General de España y América...*, op. cit., p. 251.

44 F. HERNANDO., *Recuerdos de la Guerra Civil. La Campaña Carlista (1872-1876)*, París: Jouby y Roguer editores, 1877, p. 5-6.

45 Josep Carles CLEMENTE, *El Carlismo en el Novecientos español, 1876-1936*, Madrid: Huerga y Fierro editores, 1999, p. 39.

46 "Lizárraga", *El Bien Público* (Mahón) (25 de septiembre de 1875) p. 1.

otras pequeñas partidas que comenzaron a aparecer en las provincias vascas y en Navarra, favorecidas por la ausencia de tropas gubernamentales. Las primeras acciones tuvieron lugar el 3 de diciembre de 1872, día en que Santa Cruz quedó guarnecido con sus hombres en el monte Oyarzun, tras haber destruido las vías férreas que conectaban Andoain con Hernani.

Estas facciones carlistas que operaban en Guipúzcoa lograban burlar con éxito a las columnas liberales amparadas por la abrupta orografía, como la del guerrillero Soroeta, que consigue entrar en Artigarraga, localidad situada a escasos kilómetros de San Sebastián, y hacerse con ocho hombres y cuantiosos pertrechos⁴⁷.

La actividad carlista de los clérigos guipuzcoanos fue notable⁴⁸, pues además de Santa Cruz, en los albores de la sublevación resonaban nombres como los de “Manuel Honrubia, Francisco Bitrain, Pedro Lasarte”⁴⁹. También se unió a la sublevación el vicario de Oyarzun, y al frente de sus hombres entabló combate con fuerzas liberales de Irún en las cercanías de las minas de San Narciso hasta que no tuvo más remedio que adentrarse en Navarra. No obstante, era Guipúzcoa el principal campo de operaciones de estas guerrillas, que se dedicaron a ir reclutando y armando hombres desde Endara al Oyarzun y de Aya al Arano⁵⁰.

Dorregaray puso en práctica una táctica militar que ya había sido empleada por Zumalacárregui en la primera guerra consistente en no hacer frente al enemigo en campo abierto, articulando una guerrilla, e ir formando nuevas unidades con la llegada de armamento⁵¹.

El gobierno de la nación movilizó nuevamente al ejército del Norte para acabar con las partidas que estaban reapareciendo en Navarra y Guipúzcoa, pero era tal su escasez de fuerzas, que no lograban sofocar los principales focos de insurrección. No sería hasta mediados de febrero, ya instaurada la I República, cuando los carlistas guipuzcoanos sufrirían su primera derrota en Aya⁵².

A diferencia de las experiencias anteriores, ahora será cuando Guipúzcoa tome buena parte de la iniciativa en el resurgimiento de la sublevación, como se refleja en la carta que Carlos VII le envió a Dorronsoro el 21 de diciembre de 1872. En ella el monarca le apremia a que Guipúzcoa ceda 800 de sus fusiles a Navarra y otros 200 a los vizcaínos, con el objeto de favorecer la entrada del general Velasco en el Señorío de Vizcaya⁵³. Seis días después, todavía no se

47 Modesto LAFUENTE, *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*, XXIV, Barcelona: Montaner y Simón, 1890, p. 146-148.

48 Francisco RODRÍGUEZ DE CORO, *Revolución liberal...*, op. cit., p. 193.

49 Francisco RODRÍGUEZ DE CORO, *Guipúzcoa en la Democracia...*, op. cit., p. 84.

50 Modesto LAFUENTE, *Historia General...*, op. cit., p. 146-148.

51 Josep Carles CLEMENTE, *El Carlismo en el Novecientos...*, op. cit., p. 39.

52 Pedro RUIZ DANA, *Estudios sobre la Guerra Civil en el norte, de 1872 a 1876*, Madrid: J. J. de Heras, 1876, p. 226-227.

53 ATO, C. Mec. sig. 314-315. Carta de Carlos VII a Miguel Dorronsoro, fechada el 21 de diciembre de 1872.

habían cumplido dichas disposiciones por lo que Dorronsoro lamentaba que esta tardanza hubiera permitido a los liberales movilizar a los voluntarios de la libertad⁵⁴.

PRINCIPALES HECHOS DE ARMAS: MONDRAGÓN – VERGARA – ÉIBAR

Dada la estrecha vigilancia que los liberales ejercían sobre la frontera franco-española, el general Lizárraga no encontraba la manera de Burlarla sin ser descubierto, por lo que pidió ayuda a Dorronsoro y al Sr. Ortiz Urruela, en la idea de que lo intentaría por cualquier medio, llegando incluso a considerar su paso “a lo Gambetta por medio del globo”. Vencidas todas las dificultades, el 21 de diciembre consiguió penetrar en Guipúzcoa, y una vez allí, comenzó a reagrupar a los voluntarios que se encontraban dispersos por toda la provincia⁵⁵. Con esta proclama se dirigió Lizárraga, por primera vez a los guipuzcoanos:

“Guipuzcoanos

Estando huérfana de jefes vuestra provincia, y siéndome por ahora imposible hacer movimiento formal en la que S. M. a mi instancia me tiene confiada, fui invitado para mandaros y no vacilé ni un momento. En la patria de San Ignacio, y fue para mi bastante; porque sirviéndoos creí también servir al santo. Los hijos de este ínclito paisano vuestro son como nosotros el blanco de los perseguidores de la Esposa de Cristo.

Quered ser con la gracia de los de los invencibles en la lid como lo son aquellos en la predicación; y la revolución sucumbiendo abrirá el paso a nuestro rey don Carlos para que suba al trono dando el triunfo a la Iglesia y días de gloria a vuestra querida patria...”⁵⁶.

Lizárraga era consciente de la necesidad de aumentar su radio de acción antes de que los liberales pudieran organizarse, por lo que, tras la toma de Elgoibar

⁵⁴ ATO, C. Mec. sig. 314-315. Carta de Miguel Dorronsoro a Dn Agustín Jauregui, fechada el 27 de diciembre de 1872.

⁵⁵ ATO, C. Mec. Carp. 6. sig. 155-267. Carta de don Antonio Lizárraga a Miguel Dorronsoro, fechada el 26 de diciembre de 1872.

⁵⁶ ATO, C. Mec. Carp. 6. sig. 259. Proclama de don Antonio Lizárraga a los guipuzcoanos, fechada el 21 de diciembre de 1872.

el 18 de enero con 60 hombres procedentes de Azpeitia y Azcoitia⁵⁷, dispuso atacar Motrico.

No obstante, la entrada de don Carlos en Vizcaya en agosto obligó a Lizárraga a abortar su plan y a dirigirse con sus fuerzas a Durango (Vizcaya). Los liberales, por su parte, habían acordado retirarse de las pequeñas poblaciones y ocupar las mejor fortificadas de la provincia como eran el caso de Oñate, Vergara, Mondragón y Azpeitia.

Mondragón

Hacerse con una de estas plazas entrañaba serias dificultades, pues la proximidad existente entre ellas facilitaba su socorro. Lizárraga, de vuelta en Guipúzcoa, aprovechando la marcha del general en jefe liberal Sánchez Bregua al norte de la provincia, cayó sobre Mondragón y tras más de veinte horas de ataque logró doblegar a la guarnición que, formada por una compañía del regimiento de Sevilla y sesenta voluntarios de la República, se defendía tenazmente desde la casa ayuntamiento y la iglesia a la espera de refuerzos. Con la capitulación de Mondragón al amanecer del día ocho, los carlistas se apoderaron de 200 fusiles y de buen número de cartuchos.

Vergara

Ante el éxito de Mondragón, Lizárraga optó por tomar la villa de Vergara en operación conjunta con fuerzas alavesas y vizcaínas y acorrallar en esta al general Loma. El día 10 los carlistas rompieron fuego sobre Vergara, librándose un duro combate durante cuatro horas, hasta que los asaltantes se retiraron a Eloorrio. La demora de los tres batallones alaveses, y la consiguiente indefensión de las posiciones que se les habían encomendado torció la balanza en favor de los liberales. Sin embargo, el efecto causado fue demoledor, pues el día 13 Loma, temiendo no poder mantener las guarniciones por más tiempo, se retiró de Vergara al tiempo que ordenaba hacer lo propio con Oñate, Azcoitia, Azpeitia, Deva y Motrico⁵⁸. Los liberales perdieron así la posesión de la provincia, a excepción de Éibar y el corredor establecido entre Tolosa-San Sebastián⁵⁹.

Éibar

La última gran victoria del general fue la toma de Éibar, una población de suma importancia militar por su industria armamentística, guarnecida por 1.000 voluntarios de la república, que infligían continuos daños a las fuerzas carlistas con sus incursiones. Lizárraga, haciendo gala de su indulgencia, pro-

⁵⁷ ATO, C. Mec. Carp. 6. sig. 271. Carta de don Antonio Lizárraga a Miguel Dorronsoro, fechada el 27 de enero de 1873.

⁵⁸ F. HERNANDO., *Recuerdos de la Guerra Civil...*, *op. cit.*, p. 98-93.

⁵⁹ Josep Carles CLEMENTE, *El Carlismo en el Novecientos...*, *op. cit.*, p. 41.

metió indultar a todos los voluntarios que entregaran las armas, y amenazó, por el contrario, con incendiar el pueblo y castigarlos severamente si se resistían. Así es como el día 14, el general Sánchez Bregua que no guardaba demasiada confianza en los Éibarreses, prefirió refugiarse en San Sebastián llevándose 200 de los voluntarios.

La toma de Éibar fue decisiva para el devenir de los carlistas guipuzcoanos. Gracias a ello Lizárraga logró formar los batallones de Virgen del Carmen, Triunfo y Doña Blanca. A estos se unirían el 1º de Guipúzcoa y el 5º y 6º que se habían organizado en la frontera. Los depósitos de armas de las fábricas eran suficientes como para armar un cuarto batallón, pero Lizárraga prefirió entregar ochocientos fusiles a Larramendi, comandante general de Álava⁶⁰.

Así era como en Guipúzcoa antes que ninguna otra provincia, los carlistas contaban con unos 3.000 hombres⁶¹, agrupados en seis batallones, perfectamente armados y organizados. En tan solo quince días el escenario de la guerra había cambiado radicalmente. Lizárraga se había hecho dueño de toda la provincia quedando los liberales arrinconados contra el mar y en las poblaciones inmediatas a la frontera⁶². A partir de entonces, la comunicación liberal sería toda por mar, llevándose la correspondencia de Madrid a Santander, y de esta a San Sebastián⁶³.

LEVANTAMIENTO POPULAR Y RECLUTAMIENTO CARLISTA

Las partidas carlistas que recorrían la provincia fueron engrosando provistas de los fondos y pertrechos que les proporcionaban los pueblos. Pronto se fue configurando un auténtico ejército popular en permanente contacto con la población civil –no hay que olvidar que la mayoría de los guerrilleros eran voluntarios–. Este apoyo popular se hizo todavía más patente en algunas localidades donde niños, mujeres y ancianos fabricaban cartuchos o realizaban otra serie de servicios por la causa. Esta simbiosis con el pueblo se mantuvo a lo largo de toda la guerra, pues los soldados carlistas acostumbraban a ausentarse de sus cuerpos puntualmente, para atender a sus familias en las labores agrícolas u otros menesteres⁶⁴.

En aquellas fechas, Miguel Dorronsoro, en nombre de la Diputación carlista de Guipúzcoa, hizo constar a todos los alcaldes de la región mediante una

60 F. HERNANDO., *Recuerdos de la Guerra Civil...*, *op. cit.*, p. 98-93.

61 *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-americana*, Tomo LXIII, Madrid: Espasa Calpe, 1928, p. 488.

62 F. HERNANDO., *Recuerdos de la Guerra Civil...*, *op. cit.*, p. 98-93.

63 R. GUIRAO y F. GONZÁLEZ, *Guerras Carlistas en Irún y Hondarribia 1833-1876*, Madrid: Almena, 2016, p. 54.

64 ATO, CM, sig. 564. Carta enviada por el jefe de fuerza Paulino Serra a la Diputación, en el campo del honor el 15 de julio de 1873.

cédula que había llegado el momento de que todos los hombres sin distinción se unieran a la lucha, para terminar con la revolución y restituir así los fueros y libertades arrebatadas. Mediante esta leva fueron llamados a las armas todos los guipuzcoanos de entre 18 y 40 años. El servicio militar sería de obligado cumplimiento, personal e intransferible, siendo los desertores expedientados con multas de hasta 2.000 pesetas mensuales⁶⁵. Valga como ejemplo de esta intransigencia el caso de Mateo Heriz, quien teniendo dos hijos sirviendo en el ejército de don Carlos, solicitó la exención del menor, pues a sus setenta y un años, no podía afrontar en solitario los trabajos del campo y el cuidado de la casa. Finalmente, la Diputación resolvió satisfacer los deseos del anciano, pero a cambio, se le exigió la entrega de cuatro fusiles Remington con un valor de unos 1.240 reales⁶⁶. Gracias a este procedimiento de imposición fiscal, la Diputación de Guipúzcoa llegó a recaudar cinco millones de reales⁶⁷.

Con respecto al cariz popular que iba tomando el conflicto, el historiador José Extramiana señala que en marzo de 1873 era “tal la ayuda de la población, que los rebeldes pueden actuar a cara descubierta y con toda impunidad”⁶⁸.

ESPÍRITU DE LOS COMBATIENTES

El profundo espíritu religioso que animó a los guipuzcoanos se haría manifiesto a lo largo de todo el conflicto como uno de sus principales distintivos de los combatientes carlistas. Los soldados acostumbraban a rezar diariamente el rosario como habían aprendido en sus casas. Llevaban prendido de sus pechos una imagen en tela del Sagrado Corazón de Jesús, con la fuerte convicción de que Dios les protegía de las balas enemigas. Así era como muchos oficiales no tenían más distintivo que su boina colorada y el detente bala. Concretamente en la división guipuzcoana todos los días se entonaba el himno de San Ignacio al finalizar la misa. Así mismo, cada batallón contaba con su propio capellán que administraba la comunión diariamente a la gran mayoría de los soldados⁶⁹. Este carácter devoto dejó huella en Antonio Brea, miembro del Estado Mayor de la Artillería carlista, quien años después, escribiendo su obra “*Campaña del Norte (1873-1876)*”, evocaría con nostalgia la piedad de aquellos hombres como el general Lizárraga que jamás entraban en combate sin haber recibido la comunión: “Aún nos parece vernos entre tantos queridos voluntarios, admiran-

65 José Antonio RECONDO BRAVO, *La 2ª Guerra Carlista en Guipúzcoa (1872-1876)*, Tolosa y San Sebastián dos modelos contrapuestos, Guipúzcoa: Diputación Foral de Guipúzcoa, 2018, p. 80.

66 ATO, CM, sig. 564. Carta del jefe Paulinio Serra, campo del honor 15 de julio de 1873.

67 Antonio PIRALA, *Historia Contemporánea*, Tomo V, Madrid: Felipe González Rojas, 1878, p. 336.

68 José EXTRAMIANA, *Historia de las Guerras Carlistas*, San Sebastián: L. Haramburu, 1978, p. 213-214.

69 José Antonio RECONDO BRAVO, *La 2ª Guerra Carlista...*, *op. cit.*, p. 85-86.

do el contraste de su humildad y devoción en los actos religiosos, con el entusiasta arrojo con que a los pocos momentos de realizar algún hecho piadoso se lanzaban a la bayoneta sin contar el número de los enemigos⁷⁰.

Como criterio general debemos reconocer que el espíritu cristiano que animó en las tropas carlistas fue ejemplar, pues la misma Diputación veló por el mantenimiento de la moral pública y buenas costumbres. Así se llegó incluso a prohibir regocijos públicos nocturnos, al tiempo que animó a los sucesivos Comandantes Generales de la provincia a fomentar las prácticas cristianas entre los soldados⁷¹.

LA DIPUTACIÓN

Iniciada la sublevación, los carlistas organizaron su propia Diputación desligándose de la Diputación oficial, que a partir de entonces funcionaría en paralelo y de forma antagónica hasta el fin de la guerra. La carlista, que se había constituido en el exilio francés, vino a asumir entre otras las responsabilidades que anteriormente habían recaído en la Junta Militar Vasco-navarra, al menos en lo referente a Guipúzcoa. Constituida en su etapa embrionaria durante su estancia en Peña Plata (Francia) por Miguel Dorronsoro, Manuel Unceta y José María Berzosa, pronto estaría integrada por un nutrido número de insignes carlistas guipuzcoanos entre los que cabría destacar a⁷²: don Esteban de Zurbano, don Ladislao de Zabala, don Ignacio de Lardizábal, don Tirso de Olazábal, don Ramón de Zabala, don Ramón Veriztain y don José Joaquín de Egaña⁷³. A la cabeza de todos ellos se encontraba Miguel Dorronsoro y Ceberio, cuya figura fue indispensable para atraer a las masas de la provincia y para el sostenimiento de la causa a lo largo de toda la guerra.

Carlos VII le confirió todas las facultades y poderes correspondientes a un general en jefe de campaña estipulándose que, en el caso de no poder comunicarse con él mismo, estaba autorizado a conferir todos los empleos militares hasta coronel ya fuera por ampliación de fuerzas o por vacante de plazas. Además, podía otorgar recompensas por acciones distinguidas en combate y dividir u organizar las cinco provincias en distritos, de acuerdo con las correspondientes Juntas y Diputaciones, si fuera preciso⁷⁴.

70 Antonio BREA, *La Campaña del Norte de 1873 a 1876*, Barcelona: Administración Claris, 1897, p. 209.

71 Julio MONTERO DÍAZ, *El Estado Carlista*, Madrid: Fundación Hernando de Larramendi, 1992, p. 72-73.

72 Vicente GARMENDIA, "Miguel Dorronsoro y Ceberio...", *op. cit.*, p. 173.

73 Román OYARZUN, *Historia del Carlismo...*, *op. cit.*, p. 482.

74 ATO, C. Mec. Carp. 6. sig. 262-263. Carta de don Antonio Lizárraga a don Miguel Dorronsoro fechada en la frontera de España el 18 de diciembre de 1872.

Haciendo uso de estos poderes y de los que le confería su cargo de Diputado General, Dorronsoro desempeñó un papel crucial, destacándose el concerniente al acopio de armamento. Con este objeto, envió a una serie de comisionados al extranjero, particularmente a Bélgica, para obtener la maquinaria necesaria para la fabricación de cartuchos. Él mismo acudió a Ginebra en 1872 para solventar con el pretendiente el suministro de armamento. Su particular prudencia a la hora de actuar, le proporcionaría algunos encontronazos con otros dirigentes, lo que le llevaría a sentenciar que: “sacar gente y no municionarla es llevarla a la carnicería, es hundir el país y perder la causa, y no seré yo quien contraiga semejante responsabilidad”⁷⁵.

Al propósito de conseguir liquidez se consagró plenamente la Diputación Carlista de Guipúzcoa, a “excogitar recursos para la guerra y a economizar los inmensos gastos que trae consigo”, como apuntó el mismo Dorronsoro en alocución a las Juntas Generales reunidas en Villafranca. La guerra era el objetivo primordial y a su resolución se subordinaron todos sus esfuerzos⁷⁶.

La precaria economía, y la escasez de fondos para financiar la guerra llevó a la Diputación de Guipúzcoa a crear un entramado de contactos en busca de benefactores. Al mismo tiempo estableció un sistema de obtención de fondos mediante empréstitos a un interés inicial de un 25%. Este elevado interés buscaba incentivar la suscripción. Temiendo que esta medida pudiera llevar a la ruina a la Hacienda carlista, la Diputación declaró obligatoria y general la suscripción para toda la provincia, pero reduciendo el interés anual a un 6%⁷⁷. Pese a ello, el 7 de diciembre la Diputación instaba al pretendiente carlista a conseguir nuevos capitales alegando que la provincia ya soportaba suficientes sacrificios⁷⁸. Finalmente, el mayor peso de la recaudación terminó recayendo en acaudaladas personalidades del carlismo guipuzcoano entre las que se encontraban la viuda de Larreta, el Conde del Valle, Ursino Zabala⁷⁹, la viuda del Marqués de Narros, don Roque Hériz, don Ladislao Zabala y Salazar, don Vicente Artazcos, don Juan Carlos Alzaa, don Juan José M. Unceta, don Antonio Murua y don José María Juan Martiñena⁸⁰.

Se impuso un impuesto sobre el capital, sin excepción alguna, como demuestra el embargo de bienes al Conde de Villafranca.

En su espíritu austero, Dorronsoro fue muy crítico con la mala administración del gobierno carlista, lo que en diciembre de 1873 le llevaría a elaborar

75 GARMENDIA, V., *op. cit.*, p. 74.

76 Julio MONTERO DÍAZ, *El Estado Carlista...*, *op. cit.*, p. 38.

77 ATO, CM, sig. 41-42. Carta de Don Miguel de Dorronsoro a Carlos VII, fechada en San Juan de Luz el 2 de diciembre de 1872.

78 ATO, CM, sig. 41-42. Carta de Don Miguel de Dorronsoro a Carlos VII, fechada en San Juan de Luz el 7 de diciembre de 1872.

79 José Antonio RECONDO BRAVO, *La 2ª Guerra Carlista...*, *op. cit.*, p. 87.

80 ATO, C. Mec. Carp. Carta de la Diputación Foral de Guipúzcoa a don Carlos, Fechada en San Juan de Luz el 7 de diciembre de 1872.

una nota con una serie de puntos que debían cumplirse si se quería lograr la victoria. Tal era su convencimiento que incluyó en ésta la disolución del escuadrón de Guardias de caballería del rey “cuyos individuos pueden emplearse en algunas de las ramas del ejército”.

Entre otras iniciativas, se encargó de proveer a los hospitales de cuantos recursos fueron necesarios para realizar su función enviando, por ejemplo, una disposición a todos los ayuntamientos ordenándoles la recogida de las hojas de mazorca para rellenar los jergones de las camas.

Otra serie de empresas acometidas por la Diputación fueron los relativos al servicio de correos, transportes y reparación de carreteras.

Por otra parte, paralizó la nacionalización de los bienes de la Iglesia y restableció el diezmo⁸¹. En definitiva, llevó a cabo una política destructora de la obra revolucionaria y encaminada a restituir los fueros en su plenitud.

Tras haber sofocado la sublevación del cura Santa Cruz⁸² y la batalla de Vela-bieta⁸³, que puso fin al sitio carlista de Tolosa, el general Lizárraga fue nombrado por Dorregaray comandante general de Aragón y en junio del mismo año recibió el rango de Jefe de Estado Mayor del ejército del Centro⁸⁴.

SEGUNDA FASE: HERMENEGILDO DÍAZ DE CEVALLOS (FEBRERO - NOVIEMBRE 1874)

A principios de 1874, tras haber desempeñado el cargo de Jefe de Estado Mayor de Cataluña y general de Aragón, Hermenegildo Díaz de Cevallos fue designado como nuevo Comandante General de Guipúzcoa, destacándose entre sus principales acciones la Toma de Tolosa y el sitio de Hernani e Irún⁸⁵.

EXTRACCIÓN SOCIAL DEL SOLDADO CARLISTA Y NÚMERO DE FUERZAS

Por entonces, las armas carlistas se encontraban en su máximo apogeo y la provincia de Guipúzcoa permanecía bajo su dominio a salvedad de las principales ciudades que continuaban siendo liberales. Así la situación no podía ser más

81 Vicente GARMENDIA, “Miguel Dorronsoro y Ceberio...”, *op. cit.*, p. 75-88.

82 A principios de diciembre de 1873, el cura guerrillero Santa Cruz, que no quería acatar la autoridad militar de Lizárraga, se insubordinó contra su superior consiguiendo el apoyo de hasta 18 compañías de los batallones guipuzcoanos, pero esta fue finalmente sofocada y Santa Cruz tuvo que huir a Francia.

83 Fue una batalla librada el 11 de diciembre de 1873, que se saldó con la victoria de los liberales, y que puso fin al sitio de Tolosa que Lizárraga había establecido desde septiembre.

84 Melchor FERRER, *Historia del Tradicionalismo español*, Tomos XXV-XXVII, Sevilla: Edición Católica Española, 1960, p. 206-207.

85 Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, “Hermenegildo Díaz de Cevallos”, Madrid: Real Academia de la Historia, 2018, reproducido en línea en <http://dbe.rah.es/biografias/5883/hermenegildo-diaz-de-cevallos> [5 de febrero de 2020].

favorable para los carlistas, que seguían engrosando sus fuerzas, provenientes incluso de demarcaciones bajo control gubernamental. En agosto el alcalde de San Sebastián Juan María Errazu comunicaba al gobernador que 124 donostiaras se habían incorporado a las filas carlistas.

Datos como éste ponen de manifiesto que las fuerzas carlistas también estaban constituidas con efectivos de origen urbano. Con relación a la extracción social del soldado carlista, el viajero francés Louis Teste resaltaba el buen número de albañiles, carpinteros, carreteros y demás profesiones no rurales que abundaban en el campo carlista. Por otra parte, es reveladora la plantilla de colaboradores con que el carlismo contaba en la capital guipuzcoana, 9 profesionales de artes liberales, 18 propietarios con grado, 12 estudiantes, 3 maestros de escuela, 12 curas, 42 obreros y 13 jornaleros⁸⁶.

A principios de 1873, el ejército carlista estaba constituido por una fuerza de 46.000 voluntarios, de los cuales 24.000 combatían en el País Vasco y Navarra. En 1875, para cuando el ejército carlista ya había adquirido las características de un ejército regular, las tropas carlistas de Guipúzcoa suponían un total de 5.934 hombres⁸⁷. Este contingente se agrupaba en nueve batallones, con un promedio de 600 efectivos cada uno, cuyos nombres son los siguientes⁸⁸: 1º de Guipúzcoa (Príncipe de Asturias), 2º de Guipúzcoa (Azpeitia y luego de Nuestra Señora del Carmen), 3º de Guipúzcoa (Tolosa, luego del Triunfo), 4º de Guipúzcoa (Doña Blanca), 5º de Guipúzcoa (Elgoibar), 6º de Guipúzcoa (San Ignacio), 7º de Guipúzcoa (Corazón de Jesús) y 8º (San José)⁸⁹. Desconocemos el nombre del noveno.

No contaban, por el contrario, con ningún escuadrón de caballería, tan solo con 121 caballos, incluidos los empleados en los cuerpos de infantería, así como los destinados al transporte de pertrechos⁹⁰.

Ciertamente, unas cifras elevadas en comparación al número de fuerzas que operaban en Álava y Vizcaya, pero no así con respecto a Navarra, donde el movimiento carlista contaba con cerca de 10.500 hombres y 600 caballos⁹¹.

PRINCIPALES HECHOS DE ARMAS: TOLOSA – HERNANI – IRÚN

Tolosa

En febrero de 1874 los carlistas reemprendieron el sitio de Tolosa en el que habían fracasado el año anterior. Se encontraba la ciudad guarnecida por cua-

86 Francisco RODRÍGUEZ DE CORO, *Guipúzcoa en la Democracia...*, op. cit., p. 105-106.

87 Josep Carles CLEMENTE, *Historia General del Carlismo*, Madrid: F. Mesa, 1992, p. 297.

88 Saturnino GIMÉNEZ ENRICH, *Secretos e Intimidaciones del Campo Carlista en la pasada guerra civil*, Barcelona: Imprenta de Salvador Manero, 1876, p. 39-50.

89 R. GUIRAO y F. GONZÁLEZ, *Guerras Carlistas...*, op. cit., p. 75-74.

90 Saturnino GIMÉNEZ ENRICH, *Secretos e Intimidaciones...*, op. cit., p. 40-47.

91 Josep Carles CLEMENTE, *Historia General...*, op. cit., p. 297.

tro compañías del regimiento de Luchana y 800 hombres nacionales de Tolosa y poblaciones colindantes. Juan Mañé y Flaquer, testigo de aquellos acontecimientos, nos describe así la situación: “Dominaba la población por todos lados, los que en ella se hallaban encerrados no podían asomarse a la calle sin recibir una bala del enemigo en acecho; y además la necesidad de proveerse de leña obligaba a los sitiados a intentar salidas que siempre les costaban derramamiento de sangre”. El general Moriones consiguió levantar el cerco y aprovisionar a la ciudad, pero tras su marcha se recrudeció el cerco. Finalmente, el gobierno, consciente de no poder socorrer a la villa de forma periódica, ordenó abandonarla dejándola en manos de los carlistas que se hicieron con ella el día 28, lo que provocó el éxodo de unos 1400 habitantes entre hombres, mujeres y niños que se refugiaron en San Sebastián⁹². Además de Tolosa, los carlistas ocuparon todas las poblaciones guipuzcoanas asentadas al sur del río Oria, dejando a San Sebastián, Hernani, Fuenterrabía e Irún como único rescoldo liberal en la provincia. Esta victoria dio alas a Carlos VII para emprender la operación más ambiciosa de toda la guerra, la toma de Bilbao⁹³.

Hernani

Tras el fracaso de Bilbao, en cuya toma los carlistas habían puesto todas sus esperanzas, su ejército inició el sitio de Hernani, una población de suma importancia pues actuaba de avanzadilla de la capital guipuzcoana. Díaz de Cevallos dirigió personalmente las operaciones del cerco con el 6º y 7º de Guipúzcoa. Los liberales lanzaron una ofensiva con fuerzas procedentes de San Sebastián en un intento de levantar el bloqueo, pero fueron rechazadas. Durante los tres días que duró la refriega, los carlistas lanzaron un total de 400 bombas y unas 800 granadas, que ocasionaron el incendio de varios edificios y notables desperfectos. La falta de municiones obligó a los carlistas a replegarse⁹⁴.

Irún

Concluida la batalla de Abartzuza (Navarra), se sucedieron unos meses de escasa actividad militar, lo que permitió a los carlistas reorganizarse en el Norte. En un primer momento el EMC concibió la idea de emprender una marcha sobre Madrid, pero esta posibilidad fue descartada ante la escasez de medios para librar dos operaciones de gran envergadura. En septiembre los carlistas habían puesto sitio a la ciudad de Pamplona. Fue por esto por lo que todas las miradas recayeron en Irún⁹⁵.

92 Juan MAÑÉ Y FLAQUER, *El Oasis Viaje al País de los Fueros*, Barcelona: Imprenta de Jaime Jepús Roviralta, 1879, p. 273.

93 Dolores LUNA GUINOT, *Diálogo de Emperatrices*, Canadá: Trafford, 2018.

94 Antonio BREA, *La Campaña del Norte...*, *op. cit.*, p. 190-197.

95 José Antonio RECONDO BRAVO, *La 2ª Guerra Carlista...*, *op. cit.*, p. 167.

Irún era una de las villas más codiciadas por los carlistas, pues su posesión permitía el conveniente bloqueo de San Sebastián y contar con un corredor entre Francia y España que facilitaba la entrada de recursos por ferrocarril. En última instancia, la toma de Irún era la última carta que barajaba don Carlos para conseguir apoyo internacional⁹⁶.

Coincidiendo con la onomástica de Carlos VII, se inició el sitio de la población. Los carlistas posicionaron su artillería contra la villa, colocando ocho piezas en el monte Ibayeta y el mismo número de cañones en San Marcial. Con la intención de evitar el socorro de la plaza, las cercanías fueron aseguradas por ocho batallones guipuzcoanos y cuatro navarros, asentados exactamente en las posiciones de Urnieta, Pagollaga, Santiagomendi, Choritoquieta, San Marcos, Jaizquíbel, Lastaola y San Marcial.

Pasados tres días, el general liberal De La Serna, en compañía de sus subalternos, los generales Loma y Blanco y el brigadier Laportilla y gran número de fuerzas, marchó sobre Irún tratando de levantar el cerco. El día 11 los carlistas no pudiendo resistir el embate continuado de las columnas liberales se batieron en retirada. Este fracaso causó un profundo malestar entre los voluntarios carlistas, como augurio del declive que se avecinaba⁹⁷.

ARMAMENTO Y CONTRABANDO

Abundando en la problemática de la obtención de armamento, queremos hacer constar la enorme dificultad que entrañaba su introducción en territorio español. La manera más eficiente de pasar los alijos era por mar mediante botes de pequeña envergadura que lograban burlar la vigilancia de los marinos liberales. Así, los desembarcos se efectuaban en la costa cantábrica en puntos como Motrico, Bermeo o Fuenterrabía, que los pueblos costeros solían celebrar con repique de campanas⁹⁸. Esta actividad se debió a la astucia de otro guipuzcoano, Tirso de Olazábal y Lardizábal, al que Carlos VII había nombrado presidente de la comisión de armamentos. Miembro de la Junta Directiva de la Diputación Foral de Guipúzcoa al igual que Dorronsoro, este irunés se las ingenió de mil maneras para conseguir suministrar armamento al ejército carlista. A lo largo de la guerra logró realizar hasta siete importantes desembarcos de armas en un vapor de nombre *London*⁹⁹. En compensación por sus esfuerzos, al finalizar la contienda, el pretendiente le concedió los títulos de conde de Arbelaiz y de Oria, así como la distinción de coronel honorario de artillería¹⁰⁰.

96 R. GUIRAO y F. GONZÁLEZ, *Guerras Carlistas...*, op. cit., p. 63.

97 Román OYARZUN, *Historia del Carlismo...*, op. cit., p. 372-373.

98 Vicente GARMENDIA, *La Segunda Guerra Carlista...*, op. cit., p. 28.

99 R. GUIRAO y F. GONZÁLEZ, *Guerras Carlistas...*, op. cit., p. 63.

100 Pedro José CHACÓN DELGADO, *Nobleza con Libertad...*, op. cit., p. 413.

En septiembre de 1874, el periódico liberal *La Época* se hacía eco de estas actividades clandestinas, recogiendo la crónica de un corresponsal del *Times*, quien aseguraba que:

“El contrabando entraba principalmente por el Bidasoa. Muchas remesas se hacen por la costa, siendo expedidas en Burdeos en barricas de vino, o en Nantes, en cajas de sardinas, y dirigidas a los negociantes en esa clase de artículos en Bayona, San Juan de Luz, Pasajes y San Sebastián. Pero el mayor número entra por tierra y bajo las más diversas formas”.

Así mismo, aseguraba “haber visto miles de cartuchos en un hotel, a donde habían sido expedidos como quesos de Gruyer; cajas que contenían carabinas e iban señaladas como macaroni; cilindros de hierros rellenos de bayonetas y en fin, fardos de bacalao que contenían plomo”¹⁰¹.

A su vez, las fábricas de cañones como las de Éibar y Azpeitia resultaron muy eficientes. En ellas se fundían piezas de diverso modelaje como las de Plascencia y se fabricaban proyectiles y cartuchos de muy diversa tipología, dada la variedad de armamento que empleaban los carlistas¹⁰². Es de suponer la gran responsabilidad que debían tener los guipuzcoanos en el mantenimiento de estas maestranzas, especialmente cuando de ellas dependía el avituallamiento de los soldados, por ende, la suerte de la guerra¹⁰³.

TERCERA FASE: DOMINGO EGAÑA (NOVIEMBRE 1874 - SEPTIEMBRE 1875)

Atribuida la derrota de Irún a las gestiones del general Díaz de Cevallos, éste dimitió dejando su puesto en manos de un militar más competente, Domingo de Egaña y Erquicia. Veterano de la Primera Guerra Carlista en la que sirvió como teniente del 2º Batallón de Guipúzcoa y en la que no quiso adherirse al Convenio de Vergara, tras su participación en el levantamiento de 1848-1849 se exilió en Méjico. Iniciada la Tercera Carlistada, y a pesar de su avanzada edad y lesiones físicas, acudió presto a poner su espada al servicio de don Carlos¹⁰⁴. Entre sus principales acciones como Comandante General de Guipúzcoa cabe destacar la victoria de Urnieta y las operaciones en la Línea del Oria¹⁰⁵.

101 *La Época. Diario Político* (Madrid) (7 de septiembre de 1874), p. 1.

102 Josep Carles CLEMENTE, *Historia General...*, *op. cit.*, p. 297.

103 Saturnino GIMÉNEZ ENRICH, *Secretos e Intimidaciones...*, *op. cit.*, p. 44.

104 Antonio PIRALA, *Historia Contemporánea...*, *op. cit.*, p. 237.

105 Ángel GOROSTIDI Y GUEL BENZU, “Hijos Ilustres de Guetaria”, *Euskal-Erria, Revista Vascongada*, 75 (1916) p. 262-360, p. 298.

GUIPÚZCOA DENTRO DEL ESTADO CARLISTA

En abril de 1874 a consecuencia de la debilidad del Estado central oficial, los carlistas crearon un entramado de instituciones que dieron lugar a una estructura estatal en el territorio vasco-navarro, configurando lo que se ha venido en reconocer como un verdadero “Estado Carlista”¹⁰⁶. Esta organización político-administrativa sustentada en las distintas diputaciones forales, con Carlos VII como Jefe de Estado, contaba con un gobierno central formado por tres secretarías: Guerra, Negocios Extranjeros y Estado, y de Gracia, Justicia y Hacienda¹⁰⁷.

Guipúzcoa se inscribe plenamente dentro de este entramado estatal, siendo probablemente la provincia que más peso tuvo dentro del mismo. No hay que olvidar que siendo la más rica de las cuatro provincias vasco-navarras, proveía a los ejércitos carlistas de importantes recursos gracias a sus fábricas de hilados y tejidos de algodón, de paños, papel, armas, fósforos y demás efectos, así como una gran producción de alpargatas – principal calzado empleado por las tropas carlistas—¹⁰⁸.

Entre los cometidos que esta institución desarrolló, destacan la recluta de hombres, el cobro de impuestos, la impartición de justicia¹⁰⁹, el ejército, aduanas, comunicaciones férreas, terrestres y telegráficas, así como la emisión de sello y moneda. La gran mayoría de las instituciones creadas tenían su sede en Guipúzcoa. Así era el caso del Tribunal Superior de Justicia Vasco Navarro, que se encontraba en Oñate y que confeccionó un nuevo código penal.

Dentro del proyecto cultural que se propuso llevar a cabo el gobierno carlista pese a las convulsas circunstancias, se incluyó la apertura de varios centros como el colegio de los jesuitas de Orduña, el convento franciscano de Tolosa y el Real Seminario de Vergara donde se impartía segunda enseñanza. Fue instituida la educación primaria gratuita y se prohibió a los maestros abandonar sus responsabilidades educativas.

El 3 de octubre de 1874, contando con el respaldo del pontífice Pío IX, se creó la Real y Pontificia Universidad de Oñate, que vino a restituir la que antiguamente había funcionado en este mismo lugar. Ésta ejerció también como centro del distrito universitario que incluía a las cuatro provincias vasco-navarras. Las diputaciones de Guipúzcoa y de Vizcaya fueron las encargadas de financiar las Cátedras¹¹⁰ de Teología, Jurisprudencia, Derecho Canónico y Filosofía.

106 J. ARÓSTEGUI, J. CANAL y E. CALLEJA, *El Carlismo y las Guerras Carlistas, hechos, hombres e ideas*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2003, p. 85.

107 Dolores LUNA GUINOT, *Diálogo de Emperatrices...*, *op. cit.*

108 Pedro RUIZ DANA, *Estudios...*, *op. cit.*, p. 135.

109 J. ARÓSTEGUI, J. CANAL y E. CALLEJA, *El Carlismo y las Guerras Carlistas...*, *op. cit.*, p. 85.

110 Javier G. CHAMORRO, *Bitarte, Humanidades e historia del Conflicto Político Vasco Navarro*, San Sebastián: Chamorro ediciones, 2009, p. 179.

Otro de los logros del Estado Carlista fue la creación de la Dirección General de Comunicaciones, que incluía ferrocarriles, telégrafos, correos y órganos de noticias. Su titular fue José María Diego de León Juez Sarmiento, II Conde de Belascoain e hijo del finado general liberal Diego de León¹¹¹.

Apoderándose de varias máquinas que los liberales custodiaban en Pamplona, los carlistas establecieron una línea férrea que comunicaba Vergara con Hendaya, con trayecto: Vergara, Villarreal, Beasain, Villafranca, Tolosa, Andoain, Oyarzun, Lastaola, Behovia y Hendaya. Aunque este fue el principal recorrido, posteriormente los ferrocarriles sufrirían algunas modificaciones. Los carlistas, que hasta entonces habían destrozado y abandonado las vías férreas, impusieron una estrecha vigilancia y la Diputación de Guipúzcoa dictaminó serias responsabilidades contra quienes atentaran contra de las mismas¹¹².

Del mismo modo Belascoain fue el responsable de “Las Líneas Telegráficas del Norte”, que abarcaba las provincias de Navarra, Álava y Guipúzcoa. Esta última llegó a contar con catorce estaciones telegráficas.

Se abrieron varias academias militares: dos de Infantería, en Tolosa y Oñate, una de Caballería en esta última, Artillería en Azpeitia e Ingenieros en Vergara¹¹³. Lo cierto es que el respetable número de alumnos que llegaron a licenciarse lo hicieron con un alto grado de preparación equiparable al que tenían los cadetes en el ejército liberal¹¹⁴.

Tras la toma de Tolosa, se ubicó también allí la imprenta de “El Cuartel Real”, principal órgano periodístico, que contaba con un importante equipo de redactores, así como una extensa red de correspondientes dentro y fuera del país¹¹⁵. A lo largo de la guerra se encargó de desmentir las noticias y calumnias que los periódicos liberales vertían para desprestigiar su lucha dentro del territorio dominado por don Carlos. Fue un valioso instrumento para mantener la confianza de las clases conservadoras y la moral entre la tropa.

Otras de las instituciones que estuvieron radicadas en suelo guipuzcoano fueron: la Secretaría de Estado (Vergara), el Despacho de Hacienda, la Dirección General de Asuntos Extranjeros, el Tribunal de Guerra, el Vicariato General Castrense, la Secretaría de Guerra (Zumárraga) y la Dirección General de Comunicaciones (Tolosa).

La Diputación de Guipúzcoa fue algo recelosa con la creación de tantos organismos, pues en el fondo era ella la que, junto a las otras delegaciones forales, mantenía económica y materialmente el peso de la guerra. Así el 15 de enero

111 Jaime DEL BURGO, *Carlos VII y Su Tiempo: Leyenda y Realidad*, Navarra: Gobierno de Navarra, 1994, p. 294.

112 Melchor FERRER, *Historia del Tradicionalismo...*, *op. cit.*, p. 45.

113 José Antonio RECONDO BRAVO, *La 2ª Guerra Carlista...*, *op. cit.*, p. 265-267.

114 Saturnino GIMÉNEZ ENRICH, *Secretos e Intimidaciones...*, *op. cit.*, p. 44.

115 Josep Carles CLEMENTE, *Historia General...*, *op. cit.*, p. 298.

de 1875, en un escrito conjunto reclamaban: “reducir gastos eliminado ministerios, escoltas y asistentes. ¡No puede ser que oficiales con una graduación por debajo de la de general o de brigadier tengan más de un asistente!”¹¹⁶.

HECHOS PRINCIPALES DE ARMAS: URNIETA – LÍNEA DEL ORIA – SITIO DE GUETARIA URNIETA

En alocución dada el 15 de noviembre de 1874, el general Egaña anunciaba que próximamente se restablecerían las hostilidades en la provincia. El general liberal Loma pensó que los carlistas atacarían Hernani, por lo que realizó un reconocimiento de la provincia para conocer la situación. El 7 de diciembre Loma llegó a Hernani junto con sus subalternos el general Blanco y el brigadier Oviedo y el batallón de Cazadores de Estella. Allí se les sumarían unas cinco compañías de Luchana. Muchos vecinos huyeron a Andoain pues el pueblo solo estaba defendido por unas pocas compañías al mando del coronel Aizpurua, quien estuvo a punto de capitular, pero pudo resistir gracias a la intervención de tres batallones que llegaron en su socorro. Esto dio tiempo a Egaña para concentrar a siete batallones guipuzcoanos (1º, 2º, 3º, 4º, 5º, 6º, 7º) a los que en medio del fragor de la batalla se les sumaron los batallones Guías del Rey y Guías de la Provincia, capitaneados por el general Díez de Mogrovejo. Al día siguiente Loma que no estaba dispuesto a dejarse vencer, se encaminó con sus tropas hacia Urnieta.

Las fuerzas liberales avanzaron en tres contingentes: el brigadier Oviedo con cuatro batallones por las alturas situadas a la derecha de la carretera que conduce a Urnieta, el batallón de Puerto Rico hizo lo propio por la izquierda tratando de tomar los caseríos de Eugurrola y Artizola y el resto de la columna, formada por los batallones de Murcia, Huesca y Luchana, siguieron por la carretera. Estos últimos se apoderaron del ayuntamiento y de la iglesia, así como de las casas aledañas, bajo un fuerte tiroteo por parte del enemigo situado en la loma del monte Espino a la salida del pueblo. Loma trató de tomar el monte, pero los liberales fueron atacados por buen número de carlistas que se escondían entre las cumbres, lo que causó el pánico entre las soldados gubernamentales. Gracias al arrojo del general Loma que, espada en mano, avanzó en cabeza levantando el ánimo de sus hombres, no se produjo el descalabro de las tropas. Sin embargo, Loma fue herido en un costado y tuvo que abandonar el campo de batalla, siendo relevado por el general Blanco, que persistió hasta tomar la cumbre del monte. Los carlistas huyeron a Andoain reforzando la línea del Oría para impedir que los liberales se hicieran con el pueblo y cruzaran el río Oría¹¹⁷.

116 José Antonio RECONDO BRAVO, *La 2ª Guerra Carlista...*, op. cit., p. 260-264.

117 José Antonio RECONDO BRAVO, *La 2ª Guerra Carlista...*, op. cit., p. 184-188.

Línea del Oria

En enero de 1875, los liberales se encontraban circunscritos a las siguientes poblaciones: San Sebastián, Hernani, Pasajes, Fuenterrabía, Irún y Astigarraga y la pequeña península de Guetaria. Por su parte, los carlistas tenían sus avanzadillas situadas en Oyarzun, Santiagomendi, Usurbil, Zubieta y Zarauz. Ante este panorama los liberales albergaban la esperanza de enlazar Guetaria con la capital guipuzcoana, para colocarse en una posición idónea que les permitiera ampliar su círculo de acción en la línea del Oria y a la menor vacilación del enemigo, destruir las fábricas de armas que estos poseían en el corazón de la provincia.

La fuerza con que contaba el general Egaña estaba constituida por 7 batallones guipuzcoanos, 2 vizcaínos, la primera batería de montaña del comandante Reyero y 8 piezas del tren de sitio del teniente coronel Torres. Posteriormente se sumarían otras ocho piezas de 7 ½ procedentes de la batería de Rodríguez Vera.

La campaña sobre la línea del Oria comenzó el 27 de enero de 1875. El general Loma, con el propósito de desalojar a los carlistas de las posiciones del Carrascal realizó un movimiento de ataque por los dos flancos obligándoles a mover efectivos a otras posiciones. La brigada de Infanzón marchó a la península de Guetaria, en la que pudo desembarcar bajo la oscuridad de la noche, y hacerse con Garatamendi. Por su parte el día 29, el resto de las fuerzas liberales marcharon a Guetaria por tierra al mando del general Loma. Los liberales pronto lograron tomar el fuerte carlista del monte Gárate, que actuaba como llave de Guetaria, dada la escasa guarnición que tenían los carlistas, formada por una única compañía. Las brigadas de Loma que avanzaban hacia San Sebastián no lograron llegar a su destino, pues el general Egaña les cortó el paso ocupando las alturas de Usurbil, San Esteban y Zubieta. Ante este imprevisto, Loma envió al general Blanco, uno de sus subalternos, a reforzar Guetaria, cosa que logró con éxito llegando por mar.

Para dificultar el avance de los liberales, las baterías carlistas de los oficiales Reyero y Torres abrieron fuego contra el puente que conduce a Orio destruyendo dos de sus tramos, pero los liberales lograron reconstruirlo durante la noche y alcanzar la orilla opuesta del río donde se hicieron fuertes en el caserío Amasco Echevarría.

Loma, satisfecho con el resultado de la operación, aunque no había logrado penetrar en el interior de la provincia, se replegó a San Sebastián dejando aseguradas las posiciones de Orio y Mendiebelz¹¹⁸.

Sitio de Guetaria

Adelantándose a la posibilidad de un nuevo ataque sobre la línea del Oria, el general Egaña se propuso caer sobre Guetaria, punto por el que los liberales

118 Antonio BREA, "Apuntes sobre la Guerra Civil", *El Estandarte Real*, 30 (III/1891), p. 135-138.

podían penetrar en la provincia con mayor facilidad. Guarnecida por unos cuatrocientos hombres entre infantería, carabineros y guardia civil, la península donde naciera Elcano estaba coronada en lo alto por una fortaleza defendida por dos cañones rayados de a 8 y 12 centímetros. En la zona baja, una sólida muralla de piedra protegía la villa.

Los carlistas recuperaron el fuerte de Gárate y ahí emplazaron una de sus baterías, la del coronel Torres. Al mismo tiempo, las piezas de Rodríguez Vera estaban posicionadas a unos trescientos metros de la muralla para abrir fuego en rasante y destruir las defensas.

La operación fue encomendada a los coroneles de artillería don Luis Pagés y don Alfonso de Borbón, Conde de Caserta, quienes idearon abrir una brecha en la muralla con una carga de dinamita, a fin de minimizar el coste de vidas. El encargado de llevar a la práctica la operación fue el antiguo teniente de navío don Fernando Carnavali, que tenía experiencia en el manejo de explosivos. El mismo don Carlos acudió a presenciar la batalla, acompañado del general Rafael Tristany, Jefe de Su Cuarto Militar, y del Comandante General de Artillería don Juan María Maestre.

En la noche del 13 de mayo, Carnavali, junto con dos artilleros elegidos al azar, pues todo el batallón se había ofrecido voluntario, recorrió los doscientos metros de campo abierto que separaba los dos frentes y alcanzó la muralla, colocando el saco de lona con doscientos cartuchos que componía la carga. Poco antes del amanecer se produjo la explosión, pero debido a la oscuridad, los carlistas no llegaban a vislumbrar si había causado el efecto esperado, ni qué suerte habían corrido sus compañeros. Una vez verificado el daño, el coronel Rodríguez Vera abrió intenso fuego sobre la brecha, mientras que Torres hacía lo propio sobre el castillo, que se defendía respondiendo con su propia artillería. La infantería gubernamental reforzó la muralla y levantó una barricada en la brecha.

La Escuadra del Cantábrico acudió en socorro de Guetaria dirigiendo su potente artillería contra Gárate, pero la destreza militar del coronel Torres logró que al caer la noche la escuadra se retirara a San Sebastián.

El día 15 dos batallones carlistas se lanzaron al asalto sobre la abertura siendo sin embargo rechazados por el ímpetu de los liberales. Durante los días 16 y 17 continuó el cañoneo. Al tercer día, faltos de recursos y habiendo los ingenieros liberales reparado la brecha con fuerte mampostería, los carlistas desistieron en su empeño.

Los gubernamentales levantaron la línea del Oria y Guetaria permanecería hostilizada por los carlistas prácticamente hasta el final de la guerra¹¹⁹.

119 Antonio BREA, *La Campaña del Norte...*, *op. cit.*, p. 277-282.

CUARTA FASE: EUSEBIO RODRÍGUEZ ROMÁN (SEPTIEMBRE 1875 – FEBRERO 1876)

La última etapa de la guerra comprende desde finales del año 1875 hasta la derrota final en febrero de 1876. Es en este momento cuando la iniciativa de las armas carlistas se estanca a consecuencia de la Restauración Borbónica en la persona de Alfonso XII. El nuevo monarca adoptó para su programa político algunas de las banderas por las que los carlistas estaban combatiendo, lo que les hizo perder el respaldo de importantes sectores de las clases conservadoras y a de la Iglesia¹²⁰.

En 1875 tras haber alcanzado el rango de brigadier por la acción de Aras (Navarra), Eusebio Rodríguez Román fue nombrado Comandante General carlista de Guipúzcoa en sustitución del general Egaña, cargo que desempeñaría hasta el final de la guerra¹²¹. A él correspondió pues, afrontar una de las fases más difíciles de toda la contienda, ya que, tras la desaparición del ejército carlista del Centro y Cataluña, el conflicto se limitó al escenario del Norte. El ejército de don Carlos se iba descomponiendo de forma paulatina, también en Guipúzcoa, al tiempo en que se sucedían los cambios de mandos, las acusaciones de traición y las disensiones internas¹²².

PRINCIPALES HECHOS DE ARMAS: BATALLA DE CHOROQUIETA

Tras la ocupación alfonsina de las poblaciones de Montevideo y Urcabe, el general liberal Trillo Figueroa se decidió a apoderarse de San Marcos, más tratando de confundir al enemigo se encaminó hacia Vera. Por su parte, la columna del coronel liberal Arana se hizo con Lastaola, que el 8º de Guipúzcoa al mando del coronel Vicuña, consiguió recuperar durante la noche. Rodríguez Román, en Astigarriaga, no cayó en la trampa que le habían tendido los liberales y se mantuvo firme en sus posiciones convencido de que los objetivos eran Santiagomendi y San Marcos. Al amanecer del día 28 los liberales emprendieron el ataque contra las posiciones carlistas llegando hasta Gayorregui y Munuandi. Estas lograron rechazar el ataque a la bayoneta y perseguir a los alfonsinos en su retirada hasta las mismas puertas de Oyarzun, Barrio de Rentería y San Sebastián. La victoria carlista se saldó con la muerte de 7 hombres y 16 heridos mientras que los alfonsinos perdieron 4 oficiales y 31 soldados, sin contar los 17 oficiales y 142 combatientes heridos. La acción de Choroquieta, en la que

120 J. ARÓSTEGUI, J. CANAL y E. CALLEJA, *El Carlismo y las Guerras Carlistas...*, op. cit., p. 82.

121 José Luis ISABEL SÁNCHEZ, "Eusebio Rodríguez Román", Madrid: Real Academia de la Historia, 2018, reproducido en línea en <http://dbe.rah.es/biografias/84166/eusebio-rodriguez-roman> [5 de febrero de 2020].

122 J. ARÓSTEGUI, J. CANAL y E. CALLEJA, *El Carlismo y las Guerras Carlistas...*, op. cit., p. 85.

los carlistas se hicieron con 13 prisioneros, contribuyó enormemente a levantar los ánimos de los batallones guipuzcoanos.

En la noche del 28 los carlistas iniciaron el bombardeo contra la capital, que no cesó hasta el 30, provocando el pánico generalizado entre la población y forzando a muchas familias a abandonar la ciudad por mar, poniéndose a salvo en suelo francés¹²³.

Para el mes de febrero de 1876 la derrota del ejército carlista era ya inminente. La situación que atravesaba la Diputación de Guipúzcoa tampoco era más favorable, pues agotada y desbordada ante los acontecimientos, se veía incapaz de sufragar las cuantiosas cargas. En este sentido, el día cinco la Diputación mediante circular establecía que a los efectivos que no estaban prestando un servicio activo en el frente, tan solo se les haría entrega de una única ración de etapa diaria independientemente de su graduación o categoría. Lo mismo determinaba sobre el forraje de los caballos, al que solo tendrían derecho los oficiales. En cuanto a la ración que correspondía a los soldados, cabos y sargentos de artillería esta se reduciría también a una, frente a la una y media de la que venían disfrutando. Al mismo tiempo, se suprimían todos los abonos diarios equivalentes a las asignaciones de vino¹²⁴.

En Guipúzcoa, un suceso acontecido en los últimos días de febrero fue expresión del caótico y trágico final de la guerra. Carlos VII encomendó al general Domingo Egaña la desesperada maniobra de reorganizar a los batallones guipuzcoanos que se iban desintegrando, pero el anciano general fue asesinado por unos desertores a quienes reprochaba su cobarde proceder¹²⁵. Sin duda, la guerra había terminado.

LOS EFECTOS DE LA DERROTA SOBRE EL CARLISMO GUIPUZCOANO

La derrota carlista trajo consigo serias consecuencias para el País Vasco, pues sus fueros fueron abolidos por el gobierno de la Restauración. De este modo, el 21 de julio de 1878 quedó suprimido el sistema administrativo privativo que hasta entonces había funcionado en la región. En compensación, se concedió cierta autonomía fiscal a las provincias vascas a través de un sistema de conciertos económicos. Las diputaciones serían las encargadas de la recaudación para contribuir anualmente a las arcas del Estado y no a través de la Hacienda central¹²⁶.

123 Melchor FERRER, *Historia del Tradicionalismo...*, op. cit., p. 117.

124 ATO, CM. Circular N° 44. de la Diputación de Guipúzcoa firmada por el Diputado General Esteban de Zurbano, fechada en Villafranca el 4 de febrero de 1876.

125 Melchor FERRER, *Historia del Tradicionalismo...*, op. cit., p. 240.

126 Juan AVILÉS FARRÉ, *Historia Contemporánea, Historia Política 1875-1931*, Madrid: Istmo, 2002, p. 47.

Cánovas del Castillo, principal artífice del régimen de la Restauración, sentía un sincero respeto hacia las tradicionales instituciones vascas. Su proyecto no consistía sino en armonizar la independencia de las instituciones locales con el Estado español. Sin embargo, estas medidas fueron percibidas por la gran mayoría del pueblo vasco como un castigo, lo que reforzó el sentimiento vasquista, que en algunos sectores derivaría en nacionalismo¹²⁷. Prueba de esta animadversión hacia las políticas negociadoras del gobierno fue la férrea oposición que presentaron las juntas provinciales, lo que las llevaría a su disolución (la de Guipúzcoa en noviembre de 1877), siendo sustituidas por gobiernos provinciales regulares. El hispanista norteamericano S. Payne, sin embargo, asegura que la Restauración (1876-1879) no fue un periodo especialmente dramático para la región vasca gracias al notable desarrollo industrial que experimentó la región en estos años.

Partiendo de esta premisa, cabe preguntarse cuáles fueron las verdaderas causas que motivaron la aparición del nacionalismo vasco. Stanley Payne arrojando algo de luz sobre el asunto en su conocida obra sobre el nacionalismo vasco, mantiene que la respuesta debe encontrarse en el desconcierto de algunos elementos de la intelectualidad más joven que, frente a esta modernización, buscaba preservar una identidad y un significado tras el derrumbe del foralismo tradicionalista.

El padre de Sabino Arana y Goiri, fundador del movimiento nacionalista vasco, fue un naviero de Bilbao, ferviente carlista, que durante la última guerra se convirtió en uno de los principales financiadores de las armas legitimistas de Vizcaya. A pesar de la recuperación económica que experimentó en los años posteriores a la guerra, la derrota del carlismo le causó tal conmoción psicológica que nunca más se repondría. Sumido en una profunda depresión cercana a la locura desde 1876, fallecería en 1883¹²⁸. Con estos antecedentes, no resulta extraño que Sabino Arana, fruto de sus propias carencias o insuficiencias intelectuales y espirituales, encontrara en el carlismo una vía muerta, que le haría rechazar el camino que había seguido su padre. Bajo esa perspectiva, el carlismo dejó de constituir una respuesta viable y alternativa a la fuerza del constitucionalismo liberal que encarnaba Cánovas. Así es como Arana abrazó la modernización en clave nacionalista del pensamiento, en detrimento del foralismo tradicionalista que hasta entonces había defendido.

Esa deriva hacia un vasquismo nacionalista contrastaba con la realidad de un importante sector de la sociedad vasca y concretamente de Guipúzcoa que todavía seguía confiando en la vía de la restauración del legitimismo, como ponen de manifiesto los resultados electorales de la década siguiente.

127 José Antonio RECONDO BRAVO, *La 2ª Guerra Carlista...*, op. cit., p. 21.

128 Stanley PAYNE, *El Nacionalismo Vasco de sus orígenes a la ETA*, Barcelona: Dopesa, 1974, p. 100-111.

En 1877 el gobierno civil formó la primera Diputación, que trató de mantener una actitud reconciliadora aun asumiendo la ley de Julio de 1876. Los resultados de las elecciones de 1880 y 1882, impondrán un éxito ajustado de las fuerzas liberales sobre las carlistas. Sin embargo, dos años después, en los comicios para las circunscripciones de Tolosa y Vergara los carlistas obtuvieron una clara victoria, que les proporcionó el control de la Diputación. A su cabeza fue colocado Ramón Zavala y Salazar, que había formado parte de la diputación carlista en 1875. Más llamativo si cabe fue el caso de la renovación de los cargos de Azpeitia y San Sebastián en 1886. En este último concurrieron las fuerzas liberales en coalición con el convencimiento de que de esa manera lograrían los cuatro diputados del distrito. Pese a ello los carlistas, gracias a la abstención de los conservadores que no habían sido incluidos en la coalición, lograron arrebatárselos el último escaño. Este representante sumado a los cuatro que sacaron los carlistas en Azpeitia, les otorgó la mayoría absoluta en la Diputación, once diputados frente a cinco, tan solo unos años después de haber perdido la guerra¹²⁹.

CONCLUSIONES

La convulsión político social producida como consecuencia del cambio de régimen que trajo consigo la Revolución del 68 y de los gobiernos liberales que se sucedieron durante la monarquía de Amadeo de Saboya y de la I República, propiciaron la reactivación del carlismo entre el pueblo guipuzcoano, que hasta entonces había mantenido una actitud acomodaticia con el sistema isabelino. Gracias a la intensa campaña propagandística que impulsaron algunos de sus principales líderes como Miguel de Dorronsoro o Vicente Manterola, se logró articular el movimiento y atraer hacia sus principios a una amplia mayoría, que veía en el carlismo la única opción que garantizara la supervivencia de sus propias raíces, esto es, la integridad de sus fueros y el respeto a la religión. El mismo teniente general liberal don Pedro Ruiz Dana, en su libro “Estudios sobre la Guerra Civil en el Norte”, publicado en 1876, reconocía que el no haber respetado las particularidades del pueblo guipuzcoano y concretamente sus preocupaciones religiosas fue la causa primordial del levantamiento y uno de los errores más lamentables cometidos por los gobiernos liberales¹³⁰.

Aunque los carlistas tenían una esperanza ciega en el triunfo, en la documentación que hemos consultado se desprende una continua preocupación y

129 Luis CASTELLS, *Modernización y dinámica política en la sociedad guipuzcoana de la Restauración 1876-1915*, Madrid: Siglo XXI de España Editores, S. A. 1987, p. 257-260.

130 Pedro RUIZ DANA, *Estudios...*, *op. cit.*, p. 106-107.

cierto pesimismo, pues son conscientes de la escasez de sus medios, los cuales eran indispensables para afrontar la guerra. A esto se debió sin duda el fracaso de los primeros conatos de sublevación.

Sin embargo, con el advenimiento de la I República en 1873 los carlistas obtuvieron el respaldo de la gran mayoría del pueblo guipuzcoano, transformándose las iniciales partidas en un auténtico levantamiento popular. Este apoyo, unido al genio militar de los generales carlistas, experimentados militares que habían combatido en varias guerras, y al espíritu combativo de los voluntarios, permitió mantener la provincia sometida a la autoridad de Carlos VII, con la salvedad de las principales ciudades limítrofes como San Sebastián, que permanecieron en poder gubernamental. Guipúzcoa llegó a formar nueve batallones, siendo la provincia que más hombres movilizó, solo superada por Navarra.

A partir de 1874, las armas carlistas alcanzaron su momento de mayor fuerza y esplendor, lo que les permitió crear un verdadero Estado. Podemos afirmar sin equívoco que fue Guipúzcoa la provincia que mayor peso tuvo dentro del mismo, teniendo bajo su suelo a la gran mayoría de sus instituciones como las academias militares y la Real y Pontificia Universidad de Oñate y siendo la provincia más rica, con el control de las principales fábricas de armas como la de Éibar y Azpeitia.

En este entramado organizativo fue indispensable el papel que desempeñó la Diputación Foral carlista de Guipúzcoa con Miguel Dorronsoró a la cabeza. Ella se encargó de conseguir los fondos necesarios para financiar la guerra haciéndose responsable del avituallamiento y abasteciendo de armamento a los batallones guipuzcoanos. La obtención de armas y municiones sería la principal problemática que acompañaría a los carlistas a lo largo de todo el conflicto. Guipúzcoa actuó como el gran depósito de armas del ejército legitimista, encargándose de distribuir las y hacerlas llegar al resto de provincias. Este socorro material y militar se vio favorecido por su privilegiada situación geográfica, colindante con el resto de las provincias vasco-navarras. Todo esto convirtió a la provincia en el epicentro del movimiento carlista.

No obstante, la llegada al trono de Alfonso XII supuso un golpe irreparable para la causa, pues perdió el apoyo de importantes sectores de las clases conservadoras y de la Iglesia, lo que la llevaría finalmente a la derrota.

El hecho de haber perdido la tercera de sus guerras en menos de cien años fue un suceso verdaderamente traumático para muchos carlistas vascongados que tanto se habían sacrificado por los ideales de la Tradición. Esta desazón fue el germen del nacionalismo vasco, que abandonó el legitimismo por considerarlo una vía muerta. A pesar de la estrepitosa derrota, en Guipúzcoa el carlismo aún mantuvo un fuerte arraigo social como demuestran los resultados electorales de la década siguiente.

FUENTES PRIMARIAS

- ATO – Archivo Tirso de Olazábal (Fundación Popular de Estudios Vascos)

BIBLIOGRAFÍA

- José ANDRÉS GALLEGO, *Historia General de España y América, Revolución y Restauración (1868-1931)*, Tomo XVI-2, Madrid: RIALP, 1981.
- Año 1872. Almanaque Carlista redactado por los distinguidos escritores monárquicos*, Madrid: Antonio Pérez Dubrull, 1872.
- J. ARÓSTEGUI, J. CANAL y E. CALLEJA, *El Carlismo y las Guerras Carlistas, hechos, hombres e ideas*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2003.
- B. de ARTAGÁN, *Políticos del Carlismo*, Barcelona: Biblioteca Tradicionalista de la Bandera Regional, 1913.
- Juan AVILÉS FARRÉ, *Historia Contemporánea, Historia Política 1875-1931*, Madrid: Istmo, 2002.
- J. BOTELLA CARBONELL, *La Guerra Civil en España*, Tomo I, Barcelona: Juan Olivares, 1876.
- Antonio BREA, “Apuntes sobre la Guerra Civil”, *El Estandarte Real*, 30 (III/1891).
- Antonio BREA, *La Campaña del Norte de 1873 a 1876*, Barcelona: Administración Claris, 1897.
- Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, “Hermenegildo Díaz de Cevallos”, Madrid: Real Academia de la Historia, 2018, reproducido en línea en <http://dbe.rah.es/biografias/5883/hermenegildo-diaz-de-cevallos> [5 de febrero de 2020].
- Luis CASTELLS, *Modernización y dinámica política en la sociedad guipuzcoana de la Restauración 1876-1915*, Madrid: Siglo XXI de España Editores, S. A. 1987.
- Josep Carles CLEMENTE, *Cuestiones carlistas y otras reflexiones históricas*, Madrid: Editorial Fundamentos, 2000.
- Josep Carles CLEMENTE, *Los carlistas*, Madrid: Istmo, 1990.
- Josep Carles CLEMENTE, *El Carlismo en el Novecientos español, 1876-1936*, Madrid: Huerga y Fierro editores, 1999.
- Josep Carles CLEMENTE, *Historia General del Carlismo*, Madrid: F. Mesa, 1992.
- Pedro José CHACÓN DELGADO, *Nobleza con Libertad, Biografía de la derecha vasca*, Bilbao: Atxular Atea, 2015.
- Javier G. CHAMORRO, *Bitarte, Humanidades e historia del Conflicto Político Vasco Navarro*, San Sebastián: Chamorro ediciones, 2009.
- Jaime DEL BURGO, “Antecedentes de la Tercera Guerra Carlista”, *Navarra, Temas de Cultura Popular*, 188 (1974).

- Jaime DEL BURGO, *Carlos VII y Su Tiempo: Leyenda y Realidad*, Navarra: Gobierno de Navarra, 1994.
- Diario de Sesiones de las Cortes Constituyentes*. 11 de febrero de 1869, Tomo II, Madrid: J. A. García, 1870.
- Miguel DORRONSORO, *Lo que fueron los Reyes de España y lo que ha sido el liberalismo para con los Fueros de Guipúzcoa*, Azpeitia: Imprenta de Pablo Martínez, 1870.
- Iñaki EGAÑA, *Mil noticias insólitas sobre el país de los vascos*, Tafalla: Txalaparta, 2001.
- Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-americana*, Tomo LXIII, Madrid: Espasa Calpe, 1928.
- Vizconde de la ESPERANZA, *La Bandera Carlista en 1871. Historia del Desarrollo y Organización del Partido Carlista desde la Revolución de Septiembre*, Madrid: El Pensamiento Español, 1871.
- José EXTRAMIANA, *Historia de las Guerras Carlistas*, San Sebastián: L. Haramburu, 1978.
- Melchor FERRER, *Historia del Tradicionalismo español*, Tomos XXV-XXVII, Sevilla: Edición Católica Española, 1960.
- Vicente GARMENDIA, *Jaungoicoa Eta Foruac, el carlismo vasconavarro frente a la democracia española (1868-1872)*, Bilbao: Universidad del País Vasco, 1999.
- Vicente GARMENDIA, *La Segunda Guerra Carlista (1872-1876)*, Madrid: España Editores, 1976.
- Vicente GARMENDIA, “Miguel Dorronsoro y Ceberio. Un estadista guipuzcoano hace un siglo”, *Revista de cultura e investigación vasca*, 4 (1994), p. 51-104.
- Vicente GARMENDIA, *Vicente Manterola, canónigo, diputado y conspirador carlista*, Vitoria: Caja de Ahorros Municipal de la Ciudad de Vitoria, 1992.
- Saturnino GIMÉNEZ ENRICH, *Secretos e Intimidaciones del Campo Carlista en la pasada guerra civil*, Barcelona: Imprenta de Salvador Manero, 1876.
- Vicente Juan GINER LILLO, “Los discursos políticos en las elecciones a cortes constituyentes” en D. GONZÁLEZ MADRID (ed.), *La Historia, lost in traslation? Actas del XIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Albacete: Universidad de Castilla la Mancha, 2016.
- Luis GRIÑÓ ODENA, *La Secularización del Matrimonio en España*, Barcelona: Universidad de Barcelona, 2015.
- Ángel GOROSTIDI Y GUELBENZU, “Hijos Ilustres de Guetaria”, *Euskal-Erria, Revista Vascongada*, 75 (1916) p. 262-360.
- R. GUIRAO y F. GONZÁLEZ, *Guerras Carlistas en Irún y Hondarribia 1833-1876*, Madrid: Almena, 2016.
- F. HERNANDO., *Recuerdos de la Guerra Civil. La Campaña Carlista (1872-1876)*, París: Jouby y Roguer editores, 1877.

- Víctor Javier IBÁÑEZ MANCEBO, *Una Resistencia Olvidada, tradicionalistas mártires del terrorismo*, Madrid: Auzolan, 2017.
- José Luis ISABEL SÁNCHEZ, “Eusebio Rodríguez Román”, Madrid: Real Academia de la Historia, 2018, reproducido en línea en <http://dbe.rah.es/biografias/84166/eusebio-rodriguez-roman> [5 de febrero de 2020].
- “Lizárraga”, *El Bien Público* (Mahón) (25 de septiembre de 1875) p. 1.
- Dolores LUNA GUINOT, *Diálogo de Emperatrices*, Canadá: Trafford, 2018.
- Juan MAÑÉ Y FLAQUER, *El Oasis Viaje al País de los Fueros*, Barcelona: Imprenta de Jaime Jepús Roviralta, 1879.
- Julio MONTERO DÍAZ, *El Estado Carlista*, Madrid: Fundación Hernando de Larramendi, 1992.
- José María MUTILOA POZA, *Guipúzcoa en el s. XIX, Guerras, Desamortización y Fueros*, San Sebastián: Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa, 1982.
- José NAVARRO CABANES, *Apuntes Bibliográficos de la Prensa Carlista*, Valencia: Sanchis, Torres y Sanchis, 1913.
- Juan de OLAZÁBAL Y RAMERY, *El Cura Santa Cruz Guerrillero*, San Sebastián: Hordago, 1979.
- F.P. OLLER, *Álbum de Personajes Carlistas con sus biografías*, Tomo III, Barcelona: La Propaganda Catalana, 1890.
- Román OYARZUN, *Historia del Carlismo*, Madrid: Alianza Editorial, 1969.
- Ignacio PÉREZ-SOBA DÍEZ DEL CORRAL, *Actas de las XVIII Jornadas sobre la Historia de Tauste*, Zaragoza: Asociación Cultural “El Patiaz”, 2018.
- Antonio PIRALA, *Historia Contemporánea*, Tomo V, Madrid: Felipe González Rojas, 1878.
- José Antonio RECONDO BRAVO, *La 2ª Guerra Carlista en Guipúzcoa (1872-1876), Tolosa y San Sebastián dos modelos contrapuestos*, Guipúzcoa: Diputación Foral de Guipúzcoa, 2018.
- Francisco RODRÍGUEZ DE CORO, *Guipúzcoa en la Democracia Revolucionaria*, San Sebastián: Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa, 1980.
- Francisco RODRÍGUEZ DE CORO, *Revolución liberal y Segunda Guerra Carlista (1868-1876)*, San Sebastián: Graficas ESET, 1986.
- Pedro RUIZ DANA, *Estudios sobre la Guerra Civil en el norte, de 1872 a 1876*, Madrid: J. J. de Heras, 1876.
- Stanley PAYNE, *El Nacionalismo Vasco de sus orígenes a la ETA*, Barcelona: Dopesa, 1974.
- Mikel URQUIJO GOITIA, *Liberales y Carlistas. Revolución y fueros vascos en el preludio de la última guerra carlista*, Bilbao: Universidad del País Vasco, 1994.

ARTÍCULO RECIBIDO: 15-06-2020, ACEPTADO: 29-06-2020